

# Ingleses, españoles y franceses en los prolegómenos de la batalla de Tudela

## CAPITULO V

### CASTAÑOS EN TUDELA Y ZARAGOZA

En los más pretéritos tiempos de su historia, Tudela, adonde don Javier Castaños llegó el 17 de octubre, había sido la sede de un minúsculo pero independiente reino árabe. Después de la reconquista de estas tierras del valle del Ebro, su estratégica situación —especie de puntal encajado entre otros dos Estados peninsulares independientes—, la circunstancia de poseer un puente sobre dicho río —el único entre Logroño y Zaragoza durante muchos siglos— y otros diversos motivos geográfico-económicos, permitiéronle llegar a ser la segunda capital del reino de Navarra durante toda la Edad Media. Pero, al desaparecer la independencia de este reino, como consecuencia de su conquista por Fernando el Católico acabáronse también las grandezas y glorias de Tudela, que en 1808 no pasaba de ser un gran poblachón, de decrepitos y oscuros edificios de ladrillo, acurrucado al pie del cerro de Santa Bárbara, residencia antaño de Sancho el Fuerte, que a duras penas lograba reunir un número de habitantes sensiblemente igual al que tenía a principios del siglo XVI. Pero sus calles —estrechas, zigzagueantes, cubiertas a veces por casas formando pasadizo, como suelen verse a menudo en las ciudades de origen árabe; con fachadas cargadas de escudos heráldicos, rejas de hierro forjado, grandes aleros de madera labrada y anchurosos portales— seguían conservando ese indefinible sabor a cosa rancia, pero a la vez noble, que caracteriza a las poblaciones que fueron algo en el pasado.

En Tudela, don Javier Castaños fue objeto de un grandioso recibimiento popular, como reafirmación del patriotismo de sus habitantes, que el 8 de junio anterior habíanse enfrentado valiente y quijotesca mente con los franceses, en un intento audaz, pero inútil, de cortarles el paso hacia Zaragoza<sup>1</sup>. La noticia

<sup>1</sup> Este episodio, totalmente ignorado por intrascendente dentro de lo que en conjunto supone la Guerra de la Independencia, fue algo así como el prólogo de las épicas jornadas zaragozanas de aquel verano. Lo ocurrido apenas si se recuerda hoy más allá del perímetro urbano de Tudela, aunque lo cita de pasada alguna que otra obra, desvirtuándolo, por cierto, en honor de los aragoneses que con el Marqués de Lazán acudieron a dicha ciudad navarra. Dicho combate, sin embargo, tuvo real importancia en aquellos momentos, porque retrasó en tres o cuatro días la llegada ante los muros de Zaragoza de quienes habían de ser sus primeros sitiadores, dando así mayor tiempo y oportunidad para que los defensores se prepararan a recibirlos. El asunto consistió en lo siguiente: Una columna enemiga compuesta de tres a cuatro mil hombres, entre infantería y caballería (ésta bastante abundante) a las órdenes del general Lefebvre-Desnoëttes, avanzó desde Pamplona hacia Tudela, con ánimo de continuar su ruta hasta Zaragoza, que hallábase en plena insurrección. Los tudelanos propusieron impedirles cruzar el Ebro y, a tal fin, hicieron volar dos de los arcos

de su próxima llegada habíase extendido rápidamente por toda la región y un gran gentío, presidido por las jerarquías locales, tanto civiles como religiosas, acudió a esperarle a la Puerta de Velilla y proximidades del convento de Capuchinos, ansioso de rendirle homenaje. Al llegar la comitiva de coches y de jinetes a dicho lugar, el General apeóse de su vehículo para corresponder al saludo de aquella muchedumbre, entrando luego a pie en la ciudad, acompañado del Alcalde, Obispo de la diócesis y demás miembros de la Junta local patriótica. Repicaban las campanas de todas las iglesias y conventos y una densa y abigarrada multitud de hombres ataviados con prendas de oscuro y grueso paño, sombreros grasientos y barba de varios días; mujeres de largos vestidos, cuyo descolorido aspecto evidenciaba muchos años de uso; clérigos de amplia teja, embutidos en la mejor de sus sotanas, y chiquillos sucios desgreñados, medio descalzos, llenaba las calles, gritando, saltando, estrujándose e impidiéndole casi andar.

Aquel escenario, tan distinto del de los risueños y blancos caseríos andaluces donde había vivido durante los años inmediatamente anteriores a la guerra, y aquellas gentes, de acento brusco y agresivo, no dejarían de impresionarle.

Una vez llegada la comitiva frente al palacio de San Adrián, elegido para su alojamiento, dióse por terminada la manifestación callejera, y Castaños pudo ya dedicarse a los asuntos propios de su cargo, consistentes, por el momento, en un cambio de impresiones con el general Roca, que acababa de sustituir

del puente que en esta localidad existe desde tiempo inmemorial, lo que obligó a los franceses a dar un gran rodeo y a pasar el río en barcas, a la altura de Valtierra y Castejón, en cuya maniobra perdieron una jornada entera. Pero el día siguiente, 8 de junio, ya no hubo obstáculo que oponerles y aquellos heroicos patriotas decidieron enfrentarse con ellos en pleno campo.

La víspera habían llegado desde Zaragoza unos cientos de aragoneses, a las órdenes del Marqués de Lazán, hermano mayor de Palafox, pero como escaseaban mucho los fusiles y dichos paisanos no habían sido provistos de armas en dicha capital, no se pudo equipar a todos por cuyo motivo surgieron algunos incidentes.

Bajo este signo adverso se inició el combate.

Los naturales del lugar se colocaron a vanguardia, en las estribaciones de Montes de Cierzo; los aragoneses más atrás, por las alturas de Santa Quiteria y orillas del Queiles, en la Albea; pero luego, al ver que llevábamos las de perder, abandonaron el campo, quedando solos ya los tudelanos.

El encuentro fue breve, como era de esperar dada la gran diferencia de medios de unos y otros combatientes. Después de una hora de disparos, que ocasionaron bajas en ambas partes, y habiendo rechazado los de Tudela un ultimátum del General enemigo, inició éste una maniobra envolvente con su caballería, que hizo desmoronarse la defensa. Los franceses entraron entonces en Tudela, donde durante toda la tarde y parte de la noche dedicáronse al saqueo.

Esta honrosa acción costó la vida "*a veintitrés naturales y a un forastero*", dice un papel contemporáneo que se conserva en el Archivo municipal de la ciudad.

Lefebvre-Desnoëttes permaneció en Tudela desde el día 8 hasta el 12 de junio, dedicándose sus hombres durante estos cuatro días a desarmar a sus habitantes y a los de los pueblos vecinos. Luego, cuando recibió los refuerzos que, al ver el espíritu que animaba a los habitantes de la Ribera navarra había pedido, prosiguió su camino hacia Zaragoza.

Este combate, el de Mallén —el 13 de junio— y el de Alagón —dos fechas después— forman un tríptico de desgraciados e inútiles esfuerzos encaminados a impedir que los franceses llegaran hasta la capital aragonesa.

a don Pedro González de Llamas en el mando de los soldados valencianos<sup>2</sup>, y en girar ambos una visita a los cuarteles de dichas tropas levantinas.

Pero los tudelanos, que desde muy antiguo tienen fama de ser grandes aficionados a la tauromaquia, y que deseaban dar todavía mayor amplitud y realce al homenaje, decidieron completarlo al día siguiente con una corrida de novillos, que tuvo lugar en la Plaza Nueva, recinto urbano utilizado como coso taurino desde más de un siglo atrás, adonde el General acudió escoltado por una masa enfervorizada de vecinos y de otros muchos ribereños que, con idéntico afán y patriótico entusiasmo, habían venido desde los pueblos próximos para demostrarle su adhesión y apoyo.

Castañón, muy complacido por tantas deferencias, presenció el festejo desde el balcón de la casa que el Ayuntamiento posee en la citada plaza, siendo agasajado entre toro y toro, según costumbre local, con dulces, almendras y rancio de Peralta<sup>3</sup>.

No deja de causar sorpresa que los habitantes de estas tierras navarras, con los franceses a dos pasos de sus casas y *los desastres de la guerra* acechándoles, tuvieran aún humor y ganas para entregarse a esta clase de diversiones.

No nos ha quedado, desgraciadamente, constancia de los diestros que intervinieron en aquella improvisada capea pueblerina. Es de suponer que se trataría de simples aficionados locales, derrochadores de mucho valor y poco arte, cosas ambas que han caracterizado desde siempre a los toreros oriundos de estas tierras del Ebro, y que las reses procederían de la ganadería de Guenduláin, la más famosa, quizá, de todas las existentes en España por aquellos tiempos, cuyo dueño era vecino de Tudela<sup>4</sup>.

Tras día y medio de festejos y de homenaje popular que, después de los malos ratos recientemente pasados en Madrid, debieron de saberle a gloria, los

<sup>2</sup> El general González de Llamas había sido nombrado Gobernador de Aranjuez, lugar de gran importancia política en aquellos momentos por radicar en él la Junta Central. Hablando de este general, dice Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano*: "...tenía apariencias de oficial antiguo y buen caballero, pero no de guerrero a la moderna".

<sup>3</sup> El abate Branet, sacerdote francés *refractario* que residió en Tudela durante algunos meses en la última década del siglo XVIII, dejó un libro de Memorias en el que relata sus andanzas por tierras españolas y en el que describe una corrida de toros que presenció en Tudela el 28 de julio de 1797. Merced a este escrito podemos saber cómo entendían los tudelanos esta clase de festejos. Dice así:

"Después de la muerte de estos seis toros se suspendió la función para dar tiempo a los espectadores a tomar los refrescos de costumbre. La ciudad entró a este efecto en la sala grande contigua a los balcones que ocupaba. El Capítulo (el Cabildo catedral) hizo lo mismo y, todos a una, imitaron a estas dos corporaciones. Los regidores tienen la atención de presentarse a intervalos en el balcón y echan peladillas o almendras azucaradas al pueblo, que durante esta merienda está en medio de la plaza, comiendo, bebiendo, saltando y divirtiéndose, visitando a menudo la cazuela y, más a menudo, la bota, lo que presenta un cuadro encantador".

<sup>4</sup> Guenduláin puede considerarse como el primer ganadero de Navarra y el más importante de los ganaderos de España en su tiempo, no sólo por el considerable número de reses que logró reunir (llegó a poseer ¡setecientas! vacas de vientre y en 1805 disponía de "ciento treinta toros, la mayoría de ellos de cinco años cumplidos"), sino por el cuidado y selección de las mismas en una época en que los ganaderos pecaban de descuido y desaprensión, vendiendo como lidiables bichos sin casta ni bravura y, lo que es peor, que habían sido toreados o corridos anteriormente". (*Historias y costumbres*, José M.<sup>a</sup> Iribarren. Pamplona 1949).

La ganadería de Guenduláin pasó posteriormente a propiedad de don Nazario Carriquiri, y bajo este nombre hicieron famosos sus toros por todo el ámbito nacional.

tudelanos consintieron, por fin, dejar en paz a Castaños, y éste, agradecido por el agasajo, pero satisfecho de su libertad a la vez, pudo ya proseguir su interrumpido viaje.

Es lo más probable que el nombre de Tudela, capital de la Ribera navarra, no hubiera tenido hasta este momento ningún significado especial para él, pero en lo sucesivo, en cambio, al leer u oír este toponímico, no dejaría de acordarse, seguramente, de la bullanga de estas horas felices y despreocupadas, a la vez que de los dramáticos episodios que en estos mismos lugares habíale de tocar vivir semanas después y que constituyen la médula del presente relato.

Aunque, como sabemos, su destino final era Calahorra, tampoco esta vez se dirigió Castaños allí al sentirse dueño de sus actos. Utilizando, entonces, una de las espaciosas y cómodas embarcaciones que, con destino al tráfico de viajeros, circulaban por el Canal Imperial, trasladóse a Zaragoza, a fin de corresponder a la invitación del general Palafox, que acababan de transmitirle dos edecanes suyos recién llegados a Tudela con esa única finalidad.

Tanto como militar que como patriota interesado en la lucha que España venía sosteniendo contra los franceses, Castaños sentía grandes deseos de contemplar el escenario en el que muy poco antes habíase desarrollado el más trágico episodio de la guerra en curso y, a fin de que le acompañara en esta excursión, invitó, a su vez, a don José Lardizábal, oficial del Estado Mayor del Ejército de la Izquierda, que, en misión de enlace, habíase presentado en ruta la víspera de su llegada a Tudela para que también aprovechárase Palafox del informe de Blake de que era portador dicho emisario y que éste pudiera luego retransmitir a su jefe lo que, en relación con las operaciones futuras, acordaran ellos dos.

Aparte de Castaños, otros dos contemporáneos español uno, inglés el otro, presentes ambos en Zaragoza en aquella ocasión, dan noticia de este viaje. El primero de ellos, don Agustín Alcaide Ibieca, autor de una conocida *Historia de los Sitios*, dice que Castaños entró en la capital aragonesa «el 18 de octubre por la tarde», pero el otro cronista, Sir Charles R. Vaughan<sup>5</sup>, Primer Secreta-

<sup>5</sup> Carlos Ricardo Vaughan nació en Leicester en 1774. Era hijo de un afamado médico y hermano de otro galeno no menos famoso, que contaba entre su clientela a la familia real inglesa. Siguiendo la moda de aquellos tiempos entre las clases adineradas británicas, dedicó gran parte de su adolescencia y juventud a viajar con fines instructivos. Durante varios años recorrió Europa y el cercano Oriente, habiendo visitado España en 1802.

En 1808 retornó a nuestro país, acompañando en calidad de secretario a Sir Charles Stuart, a quien por su conocimiento de nuestro idioma y geografía, e incluso por la amistad que conservaba con algunas personas destacadas, resultaron sumamente útiles sus servicios.

Poco después de que los franceses levantaron el primer sitio de Zaragoza, visitó esta ciudad en compañía del general Doyle, emprendiendo luego el regreso a Madrid precisamente la víspera de la batalla de Tudela. Tras de pasar en Agreda la noche del 22 al 23 de noviembre, prosigió su camino, desviándose de la ruta directa para evitar tropezar con el Cuerpo de Ejército del mariscal Ney, que, aunque tardíamente, acudía a su cita con el mariscal Lannes en los campos de Tudela. Llegó a Madrid el 24, después de treinta horas de marcha forzada. El 26 supuso allí la derrota de nuestro ejército, encomendándole entonces Mr. Stuart la misión de partir para Inglaterra, a fin de informar al Gabinete británico de esta fatal noticia y de dar cuenta de ella a Sir Jonh Moore a su paso por Salamanca.

Vaughan permaneció en Inglaterra gran parte del año 1809, dedicado a escribir la historia del primer sitio zaragozano. Utilizó en este trabajo los datos recogidos por él personalmente de boca de Palafox y de otros defensores de la heroica ciudad, aumentados con los que le suministró el general Lefebvre-Desnoëttes (el mismo del combate del 8 de junio

rio de la misión inglesa acreditada en Madrid, que había llegado a Zaragoza con el general Doyle precisamente en esa citada fecha, asegura que el acontecimiento tuvo lugar el día 19. Por nuestra parte, opinamos que hubo de ser así, ya que el 18 hallábase Castaños en Tudela presenciando la corrida de que hemos hablado, y que, además, las notas de Vaughan corresponden a un diario minuciosamente llevado, siendo difícil que se equivocara su autor al anotar este dato. Pero, en lo que sí están acordes ambos escritores es en cuanto a las actividades desarrolladas por Castaños durante su estancia en aquella ciudad. Alcaide dice que el General «recorrió las calles que habían sido el teatro de la guerra, y contempló sus ruinas; observó los trabajos de fortificación, los aprestos, almacenes, fábricas, maestranzas y demás objetos análogos al continente marcial que había tomado Zaragoza; y también vio maniobrar en la plaza de Santo Domingo al regimiento de granaderos aragoneses de Fernando VII bajo las órdenes del coronel don Francisco Marcó del Pont». Vaughan, que como huésped de Palafox se hallaba hospedado en el palacio Arzobispal, donde el Capitán General de Aragón tenía establecido su puesto de mando, debió de alternar con ambos caudillos durante estos días, y confirma que el 19 de octubre el héroe zaragozano condujo al de Bailén por las afueras de la ciudad, explicándole las peripecias del sitio, mostrándole las huellas de los bombardeos y voladuras, y los trabajos castrenses que aún quedaban en pie.

Naturalmente, tampoco en Zaragoza podía faltar el homenaje de simpatía y admiración hacia Castaños; pero este agasajo, en vez de consistir en funciones de toros o en manifestaciones ruidosas, tuvo lugar en un ambiente más selecto y recogido que el de Tudela, consistiendo en un gran banquete que le ofreció Palafox el día 20, a las cinco de la tarde, al que asistieron más de setenta comensales: entre ellos la famosa heroína zaragozana Condesa de Bureta<sup>6</sup>; su esposo, el Regente don Pedro María Ric, igualmente conocido por

anterior en Tudela) que había dirigido durante algún tiempo el primer asedio de aquella ciudad y que, a la sazón, se hallaba prisionero bajo palabra en uno de los Condados de aquel país.

Habiendo regresado nuevamente a España poco después, continuó ejerciendo sus funciones de secretario de la Embajada, aunque esta vez a las órdenes de Sir Henry Wellesley, hermano del futuro Lord Wellington, que había sucedido en el cargo de Embajador a Mr. Frère.

Después de terminada la guerra, Vaughan continuó prestando servicio en Madrid hasta 1820, pasando en dicha fecha a la embajada inglesa de París, donde se hallaba de Embajador el mismo Sir Charles Stuart con el que llegara a España en 1808.

En 1823 fue nombrado Ministro en Suiza, y en 1825 en los Estados Unidos, falleciendo en 1845. Dejó un voluminoso e interesantísimo archivo relacionado con nuestra guerra, que se conserva actualmente en la Biblioteca del Colegio All Souls, de Oxford.

<sup>6</sup> D.<sup>a</sup> María Consolación de Azlor y Villavicencio, Condesa de Bureta, prima de Palafox, casada en segundas nupcias con don Pedro María Ric, Barón de Valdeolivós. Hízose famosa con ocasión del primer sitio de Zaragoza, a causa de sus rasgos de valor atendiendo a heridos y animando a los combatientes.

En el libro que Vaughan escribió sobre el primer sitio zaragozano, dice hablando de ella:

"Vióse con frecuencia a aquella joven ilustre, tan bella y delicada, desempeñar con la mayor sangre fría, en medio de un fuego de fusilería y aún de artillería de los más terribles, los deberes que se había impuesto, y desde los primeros pasos que dio por aquel camino no dejó ver en su semblante la más ligera emoción que pudiera indicar el temor de un peligro personal o que la distrajese ni por un momento de sus humanitarios y patrióticos proyectos".

su destacada actuación durante el primer sitio; Sir Charles R. Vaughan; el general Doyle, que había tratado mucho a Castaños durante la permanencia de ambos en Madrid, habiéndole facilitado, incluso, fondos ingleses para equipar al Ejército del Centro; y las principales autoridades civiles y militares, miembros de la aristocracia aragonesa y otras personalidades locales.

Pero la estancia de Castaños en Zaragoza, necesariamente breve, debido a las responsabilidades y obligaciones que le aguardaban en Calahorra, tenía como finalidad principalísima tratar con Palafox de futuras operaciones, en las que habrían de colaborar sus respectivos ejércitos, por lo que ambos caudillos conferenciaron largamente, tratando de un plan estratégico, del que luego hablaremos, motivado por las particulares circunstancias que presentaba en aquellos momentos la parte que, en el noreste de Navarra, venían ocupando los franceses.

Una vez decidido todo lo referente a esta cuestión y fijado para el 27 de octubre el comienzo de la ofensiva, Castaños dio por terminada su visita a Zaragoza e incorporóse definitivamente ya a su propio Cuartel General de Calahorra.

## CAPITULO VI

Habiendo quedado casi totalmente desmembrada la organización castrense del Estado al sobrevenir la insurrección nacional de mayo y junio de 1808<sup>1</sup>, había sido preciso aceptar el patriótico ofrecimiento de miles y miles de voluntarios para constituir nuevas unidades con las que emprender la lucha contra el invasor. Estos elementos, más o menos entremezclados con los residuos de Regimientos y Escuadrones del antiguo Ejército, milagrosamente salvados

<sup>1</sup> El Ejército español, que estaba en gran parte diseminado por la periferia peninsular y, en parte también, ausente de la patria como consecuencia de las aventuras bélicas de Dinamarca y Portugal en que estábamos participando junto con los franceses en aquel preciso momento, no tuvo ocasión de enfrentarse con unidades enemigas al producirse la insurrección, debido a la casi total falta de efectivos en las guarniciones de la zona invadida y a la general prudencia de que dieron muestra los mandos militares acatando las órdenes emanadas de sus superiores jerárquicos.

Pero eso no quiere decir que los componentes de nuestro ejército estuvieran dispuestos a permanecer indefinidamente callados y fiscalizados por jefes timoratos o mediatizados, según pudo comprobarse al ir menguando los efectivos de las unidades radicadas en dicha zona, que, desertando de sus cuarteles, trasladáronse a otras regiones todavía libres de enemigos, donde volvieron a ingresar en cuerpos armados allí existentes, para emprender la lucha contra el francés.

Refiriéndose a este asunto, el Conde de La Forest informaba a Champagny el 4 de junio: "*La circonstance la plus désagréable de ces derniers temps est la désertion dont j'ai entretenu V. Excellence. Elle a réduit a presque rien la garnison espagnole de Madrid et on craint quelle ne gagne dans les provinces*".

También Murat había tratado este mismo tema en su escrito del 3 de junio, dirigido a Napoleón, en el que le comunicaba que en el curso del mes de mayo habían desaparecido 959 hombres de la guarnición de Madrid, que una noche habían faltado a la llamada 200 guardias walonas y que el Regimiento de Lusitania había desertado íntegro.

Resulta interesante ver lo que a este respecto decía Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano*, que es lo siguiente: "La gente más curiosa acudía a los cuarteles a averiguar cuántos soldados y oficiales habían desertado cada noche, esto es, ídose a las provincias a engrosar las filas de los ejércitos españoles, ya en hostilidades contra los franceses. Eran satisfactorias las noticias que adquirían, los cuarteles iban quedando vacíos y, lo que daba más gusto, algunos de los honrados desertores se llevaban consigo las banderas".

de la disgregación por haberse hallado en zonas donde todavía no habían hecho acto de presencia los franceses, fueron los forjadores de aquellas primeras victorias de los meses del verano recién transcurrido, entre las que destacaban principalmente las defensas de Valencia y Zaragoza, y sobre todo, la famosísima batalla de Bailén.

También el Ejército del Centro, formado a base de otros tres regionales: el Andaluz de Castaños, el Valenciano-murciano del general González de Llamas, y el Castellano de don Gregorio G. de la Cuesta, estaba compuesto de una amalgama semejante y contenía tropas de muy variado origen y rendimiento.

Como se recordará, la creación de esta gran unidad habíase convenido en la Junta de Generales que tuvo lugar en Madrid el día 5 de septiembre anterior. Pero, si bien había resultado fácil decretar su formación, no lo fue tanto llevar a la práctica el propósito, debido a la carencia de armamento, vestuario, material de todas clases y, especialmente, a la falta de oficiales y mandos intermedios, que escaseaban notablemente. Por esta razón, cuando Castaños partió de Madrid para ponerse a su frente, sólo habían podido equiparse hasta entonces unas pocas unidades, que hallábanse ya en el valle del Ebro, escenario elegido para sus futuras hazañas, y hubo de disponer que las restantes fuerzas que le correspondían se le fueran incorporando a medida que completaran su equipo. Pero, como la carencia de medios de toda especie y del necesario efectivo metálico, que andaba también muy escaso pese a las repetidas aportaciones británicas, no acabaron de solucionarse nunca totalmente, al producirse, semanas después, el esperado choque con los franceses (batalla de Tudela) todavía continuaban varias de estas unidades en período de organización y sin haberse podido mover más allá de los muros de Madrid, por lo que en tal ocasión sólo pudo Castaños oponer al enemigo una parte reducida del total de efectivos que le habían sido asignados primeramente.

Hasta el momento de su llegada a Calahorra había venido mandando interinamente el Ejército del Centro el general don Manuel de la Peña, jefe de la 4.<sup>a</sup> División, de quien ya tenemos hablado, como se recordará, por haber intervenido en las relaciones y conversaciones de Castaños con el Gobernador de Gibraltar durante la primavera anterior <sup>2</sup>.

<sup>2</sup> El Marqués de Villaurrutia, en *Relaciones entre España e Inglaterra durante la Guerra de la Independencia*, habla así del general La Peña: "D. Manuel de la Peña, Marqués de Bondad Real, era un Teniente General que gozaba de mejor reputación en los salones que en los campos de batalla, no habiéndose acreditado en los unos ni en los otros; pero las damas le tenían en gran aprecio porque era con ellas en extremo servicial y complaciente, mientras que en el ejército había dado tan pocas muestras de marcial virilidad que mereció el remoquete de D.<sup>a</sup> *Manuela* con que le designaban sus compañeros de armas. No carecía en absoluto del valor personal, que es prenda indispensable del soldado y característica del español; pero cuidaba de evitar las ocasiones de demostrarlo... Las responsabilidades ajenas al mando procuraba siempre rehuirlas, haciendo que recayeran siempre sobre sus jefes, sus compañeros o sus subordinados. No tenía ninguna de las dotes de un buen general, faltándole las bizarrías y arrostros que conquistan la voluntad del soldado y suelen suplir las deficiencias intelectuales del caudillo. En las artes de la guerra andaba ayuno; no así en las de la diplomacia, a que debía ascensos y empleo. Ayudóle a obtenerlos la valiosa protección de la Duquesa de Benavente, cuyo "cortejo" había sido por muchos años, según Lady Holland..."

En este momento componíase la gran unidad de unos 22.000 hombres, que ocupaban una extensión, paralela al Ebro, de cerca de noventa kilómetros, distancia que separa Logroño de Tudela<sup>3</sup>.

Su orden de batalla era el siguiente:

1.º En Logroño y sus alrededores, formando el flanco izquierdo de la línea y con una cabeza de puente en la orilla izquierda del Ebro, el Ejército de Castilla, compuesto de 8.000 hombres, mandados por el general Pignatelli.

2.º A la derecha de esta unidad, pero a considerable distancia, con una cabeza de puente en Lodosa, la 2.ª División, compuesta de andaluces, a las órdenes del general Grimarest.

3.º Veinte kilómetros aguas abajo de la anterior, ocupando Calahorra y sus alrededores, la 4.ª División, también andaluza, bajo el mando de don Manuel de La Peña.

4.º Finalmente, formando el flanco derecho de toda la línea mencionada, los valencianos del general González de Llamas, ahora mandados por Roca, que ocupaban Tudela, Alfaro y Corella.

A dichos efectivos fueron agregándose en fechas consecutivas otros tres mil y pico de hombres, recién llegados de Madrid.

#### COMIENZAN LAS DESGRACIAS

Tenía Castaños gran interés por conocer la zona en que se hallaban desplegados sus hombres y, deseando cerciorarse personalmente de los medios de que disponían, el 25 de octubre, casi inmediatamente después de posesionarse del mando, trasladóse a Logroño para iniciar sus funciones de jefe con una visita de inspección al Cuerpo de Ejército de Castilla.

Pero lo que prometía ser una rutinaria jornada de carácter administrativo, tornóse en inesperada acción de guerra, que el propio Castaños relata así:

*«Llegué allí a las 4 de la tarde del día 25 de octubre, hora en que avisaban las avanzadas hallarse atacadas por el enemigo: fui a reconocerlas y vi que se replegaban muy aprisa sobre el Puente de Logroño, mandé entonces al General Pignatelli que las reforzase y sostuviese enviando uno o dos batallones y me respondió, a una con los demás oficiales de su Estado Mayor, que no tenían tropas capaces de ejecutarlo, sin embargo que había en Logroño cerca de siete mil hombres, por que los cuerpos mejores se hallaban en la vanguar-*

<sup>3</sup> Al decir que el Ejército del Centro estaba desplegado a lo largo de 90 kilómetros no debe de interpretarse que se trataba de una línea continua, tal y como se han entendido en nuestros tiempos los frentes atrincherados de la primera Guerra Europea o los de la Guerra Civil Española, por ejemplo.

Los conflictos bélicos de aquellos tiempos consistían esencialmente en lo que se denomina "guerra de movimiento", no dándose esas situaciones de líneas estáticas y continuas nada más que en los casos de sitios de ciudades u otros similares.

Por regla general, las fuerzas solían estar acantonadas dentro de poblaciones o grupos de edificios emplazados en las proximidades del enemigo, cuando no estaban operando. A veces ocupaban varios pueblos dentro de una misma comarca, desde los cuales salían patrullas en misión de reconocimiento o vigilancia. Este era el caso del Ejército del Centro en las circunstancias de que venimos hablando.

Pero había, también, situaciones particulares que motivaban el establecimiento de puntos fortificados en plena campiña, como, por ejemplo, cuando se trataba de custodiar una cabeza de puente o de vigilar los vados de un río; casos ambos que también se daban en esta ocasión, aunque excepcionalmente.

*dia dos leguas de allí, a las órdenes del Brigadier Duque de Alburquerque, de modo que los enemigos en número como de mil hombres de infantería y trescientos caballos quedaron aquella tarde posesionados de las alturas al frente de Logroño del otro lado del Río Ebro*<sup>4</sup>.

Al día siguiente, viendo Castaños que salvo algún que otro cañonazo la tranquilidad había vuelto, y temiéndose que el enemigo se empleara con mayores medios y empuje sobre Lodosa o Calahorra, como hacía temer el movimiento de numerosas tropas que paralelamente al curso del Ebro marchaban hacia Mendavia y a las que era fácil distinguir desde los campanarios de las iglesias locales, decidió regresar a su Cuartel General, pasándose primeramente por Lodosa para tener un cambio de impresiones con Grimarest.

El General estaba en lo cierto. La escaramuza de la víspera no pasaba de ser un episodio sin importancia, leve fragmento de una acción de considerable envergadura, emprendida por los mariscales Ney y Moncey para conjurar el peligro originado en el flanco izquierdo francés por nuestras operaciones de afianzamiento de las cabezas de puente de Logroño y Lodosa durante las semanas anteriores.

Antes de abandonar Logroño, no fiándose mucho de aquel ejército y de su pusilánime jefe, Castaños reunió nuevamente con Pignatelli y, en presencia del Vizconde de Gante, ordenó que bajo ningún pretexto desalojara la plaza, salvo en el caso de que el enemigo, cruzando el curso alto del Ebro, por Haro o Cenicero, por ejemplo, tratara de replegarse sobre la Sierra de Cameros, estableciendo nuevas posiciones en las proximidades de Nalda.

Entre conferenciar, ordenar e inspeccionar, transcurrió rápidamente la mañana, de manera que hasta primera hora de la tarde *no* pudo Castaños ponerse en camino.

Pero estaba visto que aquella expedición tenía que oler a pólvora desde el principio hasta el final, pues apenas habíanse alejado los viajeros una legua de

<sup>4</sup> La Guerra de la Independencia, durante la cual estuvo en entredicho la conducta de tantos y tantos españoles, dio lugar a un verdadero diluvio de memorias, manifiestos y justificaciones de militares y personajes de mediana y alta categoría, que trataban por este medio de puntualizar y dar a conocer las circunstancias y causas motivadoras de tal o cual actitud por ellos seguida en relación con los acontecimientos políticos o militares de aquel agitado período.

También el general Castaños vióse en la necesidad de acudir a este procedimiento para defenderse de las acusaciones de que, con motivo de la campaña del Ebro y batalla de Tudela, le hizo objeto don Francisco Palafox, que le señalaba como el principal responsable de la derrota sufrida por nuestros ejércitos en aquella jomada.

Titúlase su escrito *Reales órdenes de la Junta Central Suprema de Gobierno del Reyno y representaciones de la de Sevilla y del general Castaños acerca de su separación del ejército de operaciones del Centro*. Está fechado en el Monasterio de San Jerónimo de Buenavista, lugar próximo a Sevilla, donde hallábase retenido momentáneamente en enero de 1809 por orden de la Junta Central y desde donde, a los pocos días, fue trasladado al también Monasterio de San Isidoro del Campo, en Santiponce. Consta de 227 páginas, en las que se incluyen, además de la explicación de lo sucedido en aquella campaña, diversos documentos librados por el General desde su confinamiento en contestación a los cargos del Representante.

Dado el carácter pacífico del autor, la memoria está escrita de manera mansa y moderada, tratando de no crearse mayor número de enemigos que los que ya tenían en aquel momento. Su contenido es de gran interés para conocer el ambiente y circunstancias de aquellos primeros meses de la guerra.

Logroño encontráronse la carretera, que por aquel paraje corría paralela y próxima al río, batida por el fuego de fusilería de una patrulla francesa, surgida inopinadamente de entre los matorrales de la orilla opuesta.

Como existía el peligro de que los soldados enemigos, al aperebirse de que tratábase de un personaje de alto copete y de su séquito, cruzaran el Ebro, que era vadeable en gran trecho, e intentaran hacerle prisionero o algo peor, Castaños ordenó a uno de sus Ayudantes que regresara a Logroño en busca de auxilio, permaneciendo mientras tanto él y sus acompañantes parapetados en un lugar donde no podían ser vistos.

La espera duró más de dos horas, pero, por fin, regresó el citado oficial, acompañado de un destacamento de caballería, cuyos componentes desplegaron por la margen del río y liáronse a tiros con los franceses de la orilla opuesta. Habiéndose neutralizado así el peligro, pudieron los viajeros continuar su ruta hacia Calahorra, adonde llegaron a la una de la madrugada, en medio de un imponente aguacero.

El inesperado contratiempo, que costó la vida a tres de los soldados, hizo perder largo rato al General, dando lugar a que cayera la noche, desistiendo por ello de su proyectada visita a Lodosa.

Pero la cosa pudo haber tenido consecuencias mucho más funestas, que nuestros adversarios no debieron ni de sospechar tan siquiera, pues el «*rapport*» del Cuartel General del Rey José correspondiente a esta fecha se limita a decir, al hacer referencia a dicho suceso: «*Mr. le maréchal Ney fit reconnaître un gué entre Mendavia et Logroño*», sin dar ningún otro detalle de lo ocurrido en dicho lugar durante el reconocimiento.

¡Qué no hubieran hecho los franceses si llegan a sospechar que a dos pasos de allí, escondido tras de un repliegue del terreno, hallábase casi solo e indefenso el jefe del ejército español, el famoso Castaños, el que tres meses atrás derrotara a Dupont en Bailén ! ¡Menudo acontecimiento si lo llegan a capturar o matar!

Con esta peripecia acabáronse de momento las fatigas personales del General, pero no sus disgustos, que reaviváronse al día siguiente, al enterarse por medio de un Ayudante de Pignatelli de que aquella misma noche y sin que mediaran las excepcionales circunstancias previstas, habíase retirado dicho General de Logroño, «*como resultado de la Junta de Gefes que celebró... porque los enemigos aproximaron por la tarde su Artillería hacia el Puente*»<sup>5</sup>.

¡Haber abandonado Logroño por tan futil motivo y sin siquiera dar lugar a que fuera atacada...!

Como estos primeros informes no bastaban para explicar lo ocurrido, Castaños sospechóse que la ofensiva del enemigo había quebrantado la escasa moral de Pignatelli y de sus más inmediatos consejeros, según habíase puesto ya de manifiesto durante el breve encuentro de la víspera, hasta el punto de

<sup>5</sup> En la repetidamente citada memoria o *Manifiesto* de Castaños, dice el General: "Logroño tenía por delante el Ebro, cortado uno de los arcos en seco de su puente, y preparado con barrenos para volarse el otro que estaba sobre la madre del río".

que llegaran a temerse que los franceses, cruzando el Ebro por el puente de Lodosa, les cogieran por la espalda y coparan al Ejército de Castilla dentro de Logroño.

#### CONQUISTA Y PÉRDIDA DE LERÍN

Dice el refrán que las malas noticias nunca vienen solas, y algo de esto debió de pensar Castaños al enterarse, casi a la vez que de lo de Logroño, de la pérdida de Lerín.

Este pueblo navarro, enclavado en lo alto de un impresionante corte del terreno, sobre el que destaca con estampa agresiva y pintoresca, netamente medieval, está situado en el centro de un polígono irregular cuyos supuestos vértices angulares corresponderían a Estella, Tafalla, Calahorra y Lodosa.

Era Lerín, *en* aquellas circunstancias, una plaza de gran valor, por lo que respecta a la zona media y meridional de Navarra, suponiendo el que pasara a nuestras manos una grave amenaza para las fuerzas componentes del flanco izquierdo enemigo.

Así lo entendieron los generales La Peña, jefe accidental del ejército, y Grimarest, jefe de la 2.<sup>a</sup> División, quienes dispusieron que, el 20 de octubre, unos novecientos o mil hombres, pertenecientes a esta unidad, a las órdenes del teniente coronel don Juan de la Cruz Mourgeón, ocuparan la plaza, con la colaboración de otros destacamentos que se situaron en Sesma y Cárcar, y a los que se encomendó la misión de actuar como escalones intermedios entre Lerín y el grueso de la División, acantonada, según sabemos, en Lodosa.

Como, a pesar de la importancia de estos parajes, el enemigo sólo tenía en ellos una pequeña fuerza de cobertura, compuesta principalmente de patrullas de caballería, la operación llevóse a cabo sin dificultad alguna, apoderándose los nuestros de una amplia zona que, en caso de necesidad, serviría de excelente base de partida para futuras operaciones que apuntaran hacia Estella o Pamplona.

Así lo entendieron los franceses también, no tardando en montar esta contraofensiva de que ahora estamos hablando, encaminada a desalojarnos totalmente de la margen izquierda del Ebro.

El día 26 de octubre, el enemigo inició su ataque, encomendado a las divisiones Maurice Mathieu y Grandjean, con un total de seis a siete mil hombres. Al mismo tiempo, un considerable número de escuadrones de caballería, al mando del general Wathier, avanzaron hasta Cárcar y Andosilla, que nos vimos precisados a evacuar.

Durante todo el día libróse en Lerín feroz combate entre asaltantes y defensores; pero eran tan desproporcionadas las fuerzas y los medios de ambos bandos, que de ninguna forma podían pensar los nuestros en salir victoriosos si no les llegaba pronto alguna ayuda; que la caída de Cárcar, por una parte, y la amenaza que en aquellos precisos momentos se cernía sobre Lodosa, hicieron de todo punto imposible; por lo que tuvieron que acogerse al amparo de los recios muros de un edificio, al que los vecinos del lugar denominaban «el palacio», con ánimo de prolongar la lucha. Pero el siguiente día, 27 de octubre, con las municiones agotadas o a punto de agotarse y habiendo aceptado los

franceses rendirles honores militares si abandonaban su improvisada fortaleza, no tuvieron más remedio que deponer las armas.

Y así, con honra, pero sin remedio, perdimos también Lerín<sup>6</sup>.

#### PÉRDIDA DE LODOSA

Mientras las fuerzas de Moncey atacaban Lerín, otras unidades dependientes del mariscal Ney dirigieron desde Mendavia hacia Lodosa con ánimo de ocupar esta localidad y de apoderarse del puente allí existente, que en estas circunstancias adquiriría gran importancia para el curso de las futuras operaciones.

Hállase situada Lodosa en una estrecha faja de tierra, totalmente llana, constituida por los residuos y aluviones que en el curso de los siglos ha ido depositando el Ebro en sus márgenes, estando edificado el caserío urbano casi al mismo nivel que las aguas del mismo. El río, por una parte, y un elevado acantilado, completamente vertical, al que los naturales denominan «la peña», aprisionan y delimitan la superficie sobre la que se asienta la población, obrando con respecto a ella como verdaderos obstáculos impuestos por la naturaleza y condicionando todo movimiento en su interior; por lo que en caso de guerra es de todo punto necesario contar con las ventajas o perjuicios resultantes de su existencia<sup>7</sup>.

Si el ataque enemigo hubiera procedido de la orilla derecha, la defensa de Lodosa habría consistido casi exclusivamente en mantener el puente, porque las dificultades que presenta el cruzar un curso de agua de la importancia del Ebro habríanse encargado de resolver casi por sí solas el problema. Pero en esta ocasión las cosas presentábanse de manera totalmente inversa: el ataque procedía de la misma orilla en que se halla la población con lo que el río

<sup>6</sup> La fuerza que ocupó Lerín componíase del Batallón de Tiradores de Cádiz, una Compañía de voluntarios catalanes y algunos soldados de caballería: en total novecientos o mil hombres.

Al referirse Alcalá Galiano a la caída de Lerín en su *Recuerdos de un anciano*, dice: "Entró por fin aquel fatal noviembre, y con él un golpe de enormes desventuras. Súpose que en Lerín había caído prisionero el batallón de tiradores de Cádiz, cuerpo compuesto en gran parte de presidiarios y otra mala gente, pero consoló el saber que habían hecho una defensa gloriosísima, acto no común en los de su clase, cuya valentía, feroz en pendencias y acciones criminales, flaquea con frecuencia hasta desaparecer en las graves funciones de la guerra".

Por su parte, León Dufour, famoso investigador francés del pasado siglo, que participó como médico en esta guerra, dice en su libro *Ma campagne médico-militaire*: "Le 26 octobre nous entendons la canonnade et la fusillade du côté de Lerín, á cinq lieues d'ici; le lendemain on conduisit á Tafalla cinq cents prisonniers appartenant au bataillon des tirailleurs de Cadix avec leur commandant et tous leurs officiers. Ces soldats sont des galériens et des hommes bien déterminés; réfugiés dans le château de Lerín, ils ont fait une vigoureuse résistance, sans artillerie, contre six mille Français".

<sup>7</sup> Accidentes topográficos semejantes se encuentran frecuentemente en los márgenes del Ebro a su paso por Navarra y Aragón, siendo debidos a la constante erosión de las aguas del río en lejanas épocas. En algunos casos y lugares alcanzan alturas próximas a los cien metros.

Arguedas, Valtierra y Azagra, presentan una gran analogía topográfica con Lodosa, solo que en ellas tiene mucho mayor anchura la terraza de aluvión que media entre la peña y el río, por cuyo motivo el Ebro discurre a distancia considerable en las tres citadas poblaciones, mientras que en Lodosa pasa a cortísima distancia de la ciudad.



*El Excmo. Sr. D. Francisco  
Xavier Castaños.*



quedaba a nuestra espalda y «*la peña*» enfrente, tornándose en contra nuestra las ventajas que dichos accidentes representaban en el supuesto anterior.

Salta a la vista que si el enemigo lograra adueñarse de «*la peña*», que en su cima, más o menos plana, permite holgadamente el despliegue de un ejército, podría cazar a nuestros hombres como a conejos dentro de las calles y casas, quedando incluso el puente, paso obligado en caso de repliegue, bajo sus fuegos directos. Comprendiéndolo Grimarest, optó por la inmediata retirada, al tener conocimiento de la caída de Mendavia y Cárcar, localidades éstas situadas a izquierda y derecha de Lodosa, respectivamente, y a una docena escasa de kilómetros de ella.

No contamos, desgraciadamente, con ninguna noticia de fuente española que nos pueda ilustrar sobre la evacuación de esta plaza. Los informes franceses dicen que cuando, el día 27, entró en la población el general Frasceschi-Delone, Ayudante de campo del Rey José, aún quedaban unos 200 hombres de la 2.<sup>a</sup> División, que despejaron el campo sin más tardar, siendo perseguidos por los franceses hasta más allá del puente, sobre la orilla derecha del Ebro.

Después de la retirada, Grimarest situóse con su unidad en el lugar denominado Torre de Sartaguda, vis a vis de este pueblo.

En el breve plazo de unas horas habíase invertido completamente la situación, siendo ahora los franceses los que, con ánimo ofensivo, poseían una cabeza de puente frente a nosotros.

#### REFORMAS EN EL EJÉRCITO

No tardó mucho en saberse que lo ocurrido en Logroño la noche del 26 de octubre había sido una especie de *¡sálvese quien pueda!* en vez de la retirada ordenada y metódica que los primeros informes parecían querer indicar, y que, por si esto fuera poco, la conducta del general Pignatelli<sup>8</sup> había sido lamen-

<sup>8</sup> Pertenecía este General a una de las principales familias del país. Era hijo de don Joaquín Pignatelli de Aragón y Moncayo, Conde de Fuentes, Grande de España, famoso Embajador de Carlos III en la Corte de Versalles, y sobrino del canónigo Pignatelli, Protector del Canal Imperial de Aragón, benemérito de la patria por su celo y la eficacia de su labor en la dirección de esta importante obra hidráulica.

Es fama, aunque no un hecho comprobado, que contando apenas veinte años había sido *el tercer* amante de María Luisa de Parma. Refiriéndose a él Bourgoing, Secretario de la Embajada francesa y autor del célebre *Tableau de l'Espagne Moderne*, informaba en 1778 a la Corte francesa que "era la persona que gozaba de mayor aceptación en el cuarto del Príncipe y de la Princesa de Asturias" (Se refería a María Luisa y al futuro Carlos IV).

Poco después de su lamentable actuación de Logroño, la Junta Central, en la que debía de tener muy buenas agarraderas, le nombró Gobernador Militar de Valladolid, donde tuvo una actuación totalmente idéntica a la de aquella otra ciudad. Con ocasión de esta su segunda desgraciada intervención, informaba el general Sir John Moore al Ministro inglés en Madrid (Mr. Frère) el 16 de noviembre de 1808: "*La conducta del general Pignatelli no ha sido, ciertamente, propia de un personaje que ocupaba un puesto de confianza. Al parecer, ha huido al producirse la primera alarma. Tenía derecho a retirarse y a ponerse a resguardo, pero sin haber ido más lejos. Debiera haberse contentado con eso, sin dejar al pueblo falto de dirección. Su deber era, a mi entender, recoger información para habérmela comunicado a mí o a aquellos que, como yo, están interesados en ella.*"

A dicha carta Mr. Frère contestó: "*Vuestra carta me ha sido entregada mientras me encontraba con la Junta (Central). He hablado de la conducta del Sr. Pignatelli y se me ha contestado que ya se había decidido relevarle de su mando y enviarle ante un tribunal castrense por su conducta en Valladolid*" (Mérida, 14 de diciembre 1808).

En otra carta de Sir John Moore, dirigida a Mr. Stuart esta vez, le dice: "...*el Capi-*

table, emprendiendo veloz carrera a la primera alarma, desentendiéndose de toda responsabilidad y no parando hasta hallar refugio en Cintruénigo, a más de setenta kilómetros de la capital riojana.

Como nuestra causa no precisaba de generales de esta talla, Castaños apresuró a destituir a dicho jefe, tan pronto tuvo conocimiento de los hechos. Pero era natural que también desconfiara ya de todos los que habían pertenecido a aquella unidad, quienes, por su falta de valor y disciplina, habían demostrado no estar preparados para hacer frente a los acontecimientos y ser

*tán General Pignatelli es un débil anciano*" (Salamanca, 1.º diciembre 1808). Sin embargo, según mis cálculos, Pignatelli contaría en aquel momento de 50 a 52 años a lo sumo. Ahora bien, es de sobra sabido cuánto ha cambiado el concepto y significado de la palabra *anciano* de entonces a hoy.

La familia Pignatelli, por uno u otro motivo, dio mucho que hablar durante estos primeros meses de guerra. Uno de sus miembros, don Armando Pignatelli y Egmont, Conde de Fuentes, Príncipe de Castiglione, Duque de Solferino y de Bisaccia, etc., etc., sobrino del citado general Pignatelli, fue detenido el 4 de junio de 1808 en las afueras de Valtierra, por el herrero de dicho pueblo, que cumplía órdenes de la Junta patriótica de Tudela. Trasladado a esta ciudad, estuvo a punto de morir lapidado por las enfurecidas turbas, a las que había trascendido la noticia de su detención y de que tratábase de un afrancesado. En efecto, Napoleón había encomendado la misión de convencer a Palafox de que depusiera su actitud antifrancesa y que se hiciera cargo él de la Capitanía General de Aragón. Desde Tudela fue conducido a Zaragoza, donde permaneció encerrado en un calabozo durante ocho meses, tras de los cuales falleció, en el preciso momento en que los franceses, posesionados ya de la heroica ciudad después de su segundo sitio, acababan de ponerle en libertad (Véase mi trabajo sobre este tema en la revista *Príncipe de Viana* n.º 82 y 83.— Pamplona, 1961).

Otro de los miembros de esta familia fue don Carlos Pignatelli, hermano del General, que era, al comenzar los acontecimientos de 1808 oficial de Marina y Ayudante del Marqués del Socorro, Gobernador Militar de Cádiz. Acusado éste de convivencia con el invasor, fue perseguido por las turbas gaditanas en la jornada llamada "*el motín de Cádiz*", y asesinado en una plaza de dicha capital.

Hablando de este desgraciado episodio, el Padre Coloma dice en *Recuerdos de Fernán Caballero*:

"Corrió entonces la voz de que era un íntimo amigo suyo (el asesino del Marqués) que había querido librarle de la afrentosa muerte en la horca; pero nadie supo o nadie osó designar su nombre, hasta que en 1858 se atrevió a estamparlo don Adolfo de Castro, en su *Historia de Cádiz*, sin dar noticias de su persona, sino limitándose a decir que "*según voz que corría*", había sido un íntimo amigo suyo llamado D. Carlos Pignatelli. Muchos años después, en 1880, hablando yo por casualidad de este horrible suceso con el anciano Conde del Real, ya difunto, díjome que lo conocía muy bien y con todos sus pormenores, porque aquel caballero de la capa de grana que dio muerte al general Solano era D. Carlos Pignatelli y Gonzaga, a quien él había conocido y tratado mucho, como hermano que era de su abuela la Duquesa de Villahermosa, y entonces me dio sobre él las siguientes noticias: "D. Carlos Pignatelli y Gonzaga era el menor de los hijos del Conde de Fuentes y hermano, por lo tanto, de la Duquesa de Villahermosa, D.<sup>a</sup> María Manuela, de la de Medinaceli, D.<sup>a</sup> María Francisca y del Marqués de Mora. En 1808 era D. Carlos ayudante del general Solano, a quien profesaba una amistad que ya rozaba al culto. En los aciagos días del 28 y 29 de mayo no se separó Pignatelli un instante del General, hasta el momento en que huyó éste por las azoteas, encargándole antes, para alejarle del peligro, un mensaje tranquilizador para su esposa. Cumpliólo Pignatelli y siguió luego al General vestido de paisano y mezclado entre las turbas, con la esperanza siempre de salvarle. Perdió sin embargo esta esperanza al llegar a la plaza de San Juan de Dios y juzgando que su amigo preferiría cualquier otra muerte a aquella tan indigna de un caballero, resolvió dársela él mismo, como la mayor prueba de amistad que podría tributarle. Aseguraba D. Carlos que antes de disparar la pistola dijo a Solano su intento y que éste lo aprobó bajando la cabeza y apretándole fuertemente un pie con el suyo descalzo. Consumado el hecho ocultóse por de pronto Pignatelli y huyó después a Inglaterra; pasó luego a París, a la caída de Bona-

merecedores de que, en lo sucesivo, se les confiara la defensa de algún otro sector; por lo que dispuso la disolución del Ejército de Castilla y la integración de sus miembros en las restantes Divisiones, donde, en contacto con el entusiasmo y mayor veteranía de sus componentes, podrían adquirir la experiencia y empuje que por ahora les faltaba.

Sin embargo, aún quedó como vestigio y recuerdo de lo que había sido el Ejército castellano una unidad, a la que en lo sucesivo denominóse *Vanguardia del Ejército del Centro*, compuesta de unos 4.000 hombres procedentes de aquel cuerpo. A su frente colocó a un jefe de valía, el general Conde de Cartaojal, de quien desde tiempo atrás tenía inmejorables referencias y que acababa de volver a acreditar su pericia en aquellos precisos momentos al recuperar en su totalidad la artillería del Ejército de Castilla, que había quedado abandonada en Nalda durante la retirada, donde estuvo expuesta a caer en manos del enemigo <sup>9</sup>.

Desgraciadamente, de esta primera toma de contacto con su ejército Castaños hubo de salir muy mal impresionado, al comprobar que su estado sani-

parte, donde vivió muchos años, hasta que, anciano y sin familia, vino a Madrid, al calor de sus sobrinos los Duques de Villahermosa y vivió en su compañía en el palacio de la Carrera de San Jerónimo, donde murió santamente después del año 1830".

El Conde de Toreno, por su parte, dice lo siguiente al hablar de este asunto en su conocida Historia: "Revelaríamos para execración de la posteridad el nombre del asesino, si con certeza hubiéramos podido averiguarlo. Bien sabemos a quién y cómo se ha inculcado, pero en la duda nos abstenemos de repetir vagas acusaciones". Con cuyas palabras quedamos en la duda de si se refiere también a don Carlos Pignatelli, aunque se presente esta posibilidad o, cuando menos, de que se trataba de alguna persona distinguida y conocida.

Siento, por mi parte, tener que disentir del P. Coloma, que tanto ha escrito sobre esta familia, en lo tocante a la conducta de don Carlos Pignatelli durante la guerra. Según mis investigaciones, Pignatelli púsose a disposición de la Junta Suprema de Sevilla inmediatamente después del "*motín de Cádiz*". A finales de julio de 1808 intervino como Delegado del Alto Mando en el traslado de los prisioneros franceses resultantes de Bailen. Posteriormente, en 1809, fue hecho prisionero por los franceses, reclamándole José Bonaparte al tener noticia de ello para concederle una plaza en su propio ejército. La petición fue atendida y don Carlos Pignatelli se pasó al bando de los afrancesados, interviniendo de manera destacada en diversos asuntos oficiales. En 1814, al finalizar la guerra, se hallaba en París, adonde debió de llegar formando parte del grupo de españoles que huyeron con el Rey José después de la batalla de Vitoria. Poseo una carta suya fechada en esa capital el día 2 de mayo de dicho año, en la que solicita del administrador del condado de Fuentes urgente ayuda económica. Es de suponer que regresaría a España hacia 1820, con motivo de las amnistías de que se beneficiaron los afrancesados.

<sup>9</sup> Los franceses estaban enterados de lo sucedido con la artillería del Cuerpo de Ejército de Castilla, según se desprende del parte del Cuartel General del Rey José correspondiente a los días 27 y 28 de octubre 1808, en el se lee lo siguiente: "*Mr. le Maréchal Ney ayant été instruit que l'ennemi, craignant d'avoir sa retraite coupée sur Calahorra par le pont de Lodosa, s'était retiré sur Nalda, et que son artillerie et sa cavalerie se trouvaient encombrées dans les chemins presque infranchisables, a détaché quelques compagnies de voltigeurs et un détachement de cavalerie sur Nalda*".

Sin embargo y a pesar de haber emprendido esta expedición, algo debió de impedir a los franceses apoderarse de dicha artillería, gracias a lo cual Cartaojal consiguió recuperarla. El mariscal Ney trata de este asunto en su escrito del 7 de noviembre, dirigido a Berthier desde Logroño. Dice así: "*L'ennemi en quittant Logroño, se retire sur Nalda avec son artillerie composée de 12 pièces de canon et 4 obusiers. Cette artillerie est sortie de Nalda depuis trois jours; elle a été dirigée sur Calahorra; les paysans avaient travaillé sans relâche à rendre la route praticable*".

tario era precario, el vestuario inapropiado para los rigores del valle del Ebro en la época que se aproximaba, el armamento y munición insuficientes, los almacenes y hospitales nulos, y que la instrucción de sus componentes dejaba mucho que desear. Dedujo por ello que aquellas fuerzas no estaban, por el momento, en condiciones de emprender operaciones campales «*tan vastas, trascendentales y peligrosas*»<sup>10</sup> como la que había tratado con Palafox, siendo imprescindible, a su entender, equiparlas debidamente antes de iniciar cualquier cosa con ellas, pues, en caso contrario, estarían siempre bajo la amenaza de la escasez y de las enfermedades.

#### SIR THOMAS GRAHAM EN EL CUARTEL GENERAL DE CASTAÑOS

Después de este largo inciso, volvamos nuevamente al coronel Graham, que, como sabemos, había llegado a Calahorra el 28 de octubre.

Previamente advertido del inminente arribo del enviado inglés, Castaños esperaba ya a éste en su Cuartel General, adonde, como correspondía a la importancia de aquel acto, acudió Sir Thomas Graham vestido de tiros largos. Conducido por un Ayudante y tras de corresponder a los honores que le rindió el retén de guardia, subió hasta el salón donde le aguardaba el jefe del Ejército del Centro.

Vestía nuestro General casaca y pantalón blancos, uniforme del Regimiento de África, del que antaño fuera Coronel jefe, y que acostumbraba usar normalmente como recuerdo agradecido hacia los componentes de aquel cuerpo que, con grave riesgo de sus personas, habíanle salvado la vida en 1794, al retirarle herido del monte de San Marcial, en Irún, donde durante un combate con los franceses, había sido alcanzado por un balazo en la cabeza<sup>11</sup>. Su estatura, que sólo era mediana, parecía en esta ocasión más breve que de costumbre, comparada con la del apuesto Sir Thomas, cuya marcial figura destacaba a su lado brillante de entorchados, bordados y condecoraciones.

<sup>10</sup> Castaños, *Manifiesto* de San Jerónimo de Buenavista.

<sup>11</sup> Durante la guerra que nuestro país sostuvo contra Francia en tiempos de la Convención, Castaños, que entonces era Coronel Jefe del Regimiento de Africa, participó en las operaciones que tuvieron lugar en la frontera de los Pirineos occidentales, resultando herido por un disparo de fusil en el tantas veces famoso monte de San Marcial, de Irún. La bala le penetró por la parte inferior de la oreja derecha, saliéndole luego por la superior de la izquierda, tras de cruzarle de lado a lado la cabeza. Viéndole en peligro de muerte sus subordinados, que sentían gran cariño por él, corrieron mil peligros y sortearon toda clase de dificultades hasta conseguir evacuarle de aquel lugar, con lo que, gracias a sus desvelos, pudo ser asistido prontamente por los facultativos del Ejército, quienes, con la ayuda de Dios, como decía Ambrosio Paré, consiguieron salvarle.

En aquellos tiempos cada Cuerpo tenía un uniforme distinto, y Castaños deseó llevar durante todo el resto de su vida, incluso después de alcanzar los más altos puestos en el escalafón castrense, el uniforme del Regimiento de Africa, como muestra de agradecimiento y de recuerdo hacia los soldados que le salvaron la vida en aquella ocasión.

Como resultado de este percance guerrero le quedó al General una ligera desviación o inclinación de cabeza y, durante los primeros años, no pocas molestias y trastornos físicos. Hablando de esto el Teniente general don Fernando Fernández de Córdova, en sus *Memorias íntimas*, dice: "...en la batalla de Irún el futuro vencedor de Bailén recibió una gravísima herida en la cabeza, que por espacio de siete años le ocasionaba frecuentes síncope, el último de los cuales le acometió en casa de la condesa de Benavente, ocasionando, por cierto, que los médicos de la ilustre dama extrajeran al glorioso soldado algunas esquirlas, y con esta operación sanara".

Una vez cumplimentados los primeros saludos, Castaños, deferente, preguntó a su visitante detalles del viaje que acababa de efectuar y noticias de los miembros de la Embajada inglesa, con quienes había ligado cordial amistad durante su estancia en Madrid en el verano recién transcurrido.

Tras de contestar amablemente a estas preguntas y a otras por el estilo, Graham comenzó a exponer el objeto de su misión y los puntos de vista ingleses en relación con la campaña, explicando, de paso, la situación y composición del ejército de Sir John Moore, las dificultades con que había tropezado antes de ponerse en marcha camino de la frontera hispano-portuguesa, sus proyectos para el futuro, las condiciones y límites de la ayuda británica y los sinceros deseos de Sir John de poder colaborar cuanto antes con el Ejército del Centro y su ilustre jefe<sup>12</sup>.

Correspondiendo Castaños de idéntica manera, explicó, a su vez, la situación e intenciones que suponíanse al enemigo, las suyas propias y lo ocurrido durante la reciente ofensiva emprendida por los franceses en este sector.

Terminadas estas previas explicaciones mutuas, tornó el General a sus primeros cumplidos y fórmulas de cortesía, ofreciendo a Sir Thomas toda clase de ayudas y de facilidades para el desempeño de su misión de observador y enlace, tras de lo cual hizo comparecer en el salón a sus principales colaboradores. Tuvo así, Graham, ocasión de conocer a las figuras más representativas del Cuartel General: entre ellas al mariscal de campo don Antonio Samper, del cuerpo de Ingenieros, que actuaba como Jefe de Estado Mayor; a D. Tomás Moreno, también mariscal de campo, que, como Primer Ayudante de Castaños, había tenido una eficacísima actuación en la jornada de Bailén, desde cuyo campo de batalla, después de rendirse Dupont, habíase trasladado a Madrid para representar al General en los posibles trámites de evacuación y entrega de la capital entre las autoridades francesas y españolas; al Brigadier don Juan O'Donoghú, de ascendencia irlandesa y que poco después pasaría a ser Ministro de la Guerra y figura destacada en los fastos militares de nuestra patria; al coronel Wittingham, compatriota de Sir Thomas, que desde los primeros días de la campaña andaluza de aquel verano figuraba como agregado al Cuartel General de Castaños y que, como Doyle, acabó perteneciendo al Ejército español; al teniente coronel don Diego Solano, al Marqués de Rafal y a los capitanes don Ignacio Larrú y don Claudio Pinillos, Ayudantes de Campo del General.

Habiendo transcurrido escasamente cuarenta y ocho horas desde la desgraciada jornada en que perdimos Lerín y Lodosa, cabe pensar que la acogida dispensada a Graham, aunque cortés y afable, no fuera muy risueña; sin embargo, siendo ya hora avanzada del mediodía, Castaños retuvo al Coronel, invitándole a compartir su mesa con él y con algunos de sus más íntimos colaboradores, según hace constar Sir Thomas en su *Diario*.

El día siguiente, 29 de octubre, deparó al Coronel la primera ocasión de ver a los soldados españoles en acción.

<sup>12</sup> "El tono conciliador que he adoptado en mi carta al general Castaños confío que será aprobado por Vd. Deseo convencer a quienquiera que sea el que mande los ejércitos españoles, que me considero como no teniendo otros intereses que los suyos y que me encontrará igualmente dispuesto que cualquiera de sus generales a seguir y a ejecutar sus planes" (Carta de Sir John Moore a Mr. Frère. Salamanca, 16 de noviembre de 1808). Esta modesta y desinteresada actitud de Moore contrasta con la que posteriormente siguió Lord Wellington con respecto a nosotros.

La cosa tuvo lugar a dos kilómetros de Calahorra y no pasó de ser un vulgar tiroteo en las orillas del Ebro, que él, en sus apuntes personales, describió así:

« *Asisto a una escaramuza en el vado de San Adrián, entre los Dragones de Pavía y un destacamento francés de una sesentena de hombres; los franceses se retiran al traer los españoles un cañón.*»

Hállase este vado del Ebro frente al pueblo navarro de San Adrián, que, a su vez, está situado en la orilla izquierda de dicho río y a corta distancia de Calahorra. Debido a la poca agua que llevaba el Ebro en las semanas coincidentes con los acontecimientos que estamos narrando, dicho lugar llegó a tener importancia considerable en el planteo y curso de las operaciones, habiendo sido este leve incidente, quizá, el primero de los varios que allí hubo durante esta campaña <sup>13</sup>.

En días sucesivos dedicóse Graham a estudiar todo cuanto se relacionaba con el Ejército: moral, vestuario, cuarteles, armamento, etc., etc. Su *Diario* personal es más bien parco de noticias, ya que no había de tener otra finalidad que la de servirle de recordatorio para el futuro, pero, en cambio, las cartas y «rapports» que a través de Lord William Bentinck y Sir Charles Stuart, vía Madrid, dirigió en lo sucesivo a Sir John Moore y a otros jefes del Ejército inglés, son buena muestra del valor documental de estas observaciones y prueba de las dotes analíticas de quien las redactara.

## CAPITULO VII

### PROPAGANDA, ILUSIONES, INTRIGAS Y UN FATAL NOMBRAMIENTO

Alentada a través de las galeradas de prensa, panfletos, hojas volanderas, manifiestos, discursos y sermones, por una nube de escritores y oradores hasta entonces ignorados pero que, súbitamente, nada más estallar nuestro conflicto con Francia, había surgido con empuje y abundancia insospechadas, la retaguardia contemplaba impaciente el discurrir de los días, a partir de la fecha en que tuvo lugar el consejo de guerra o Junta de Generales donde se decidió la creación del Ejército del Centro, en espera de que aquella potente máquina

<sup>13</sup> El vado de San Adrián, por su situación en el límite de Navarra y Castilla, es decir de los reinos independientes, y por su proximidad a la ciudad de Calahorra, tuvo también gran importancia durante la Edad Media, habiendo sido escenario de diversos episodios de mayor o menor importancia. Leyendo la *Crónica* de Pero López de Avala, se deduce que fue por este portillo del Ebro por donde don Enrique de Trastámara penetró en el reino de su hermanastro, don Pedro el Cruel, con ocasión de la última campaña que sostuvo contra éste, en 1367. Dice así el Canciller:

"...e fue por Huesca (don Enrique) continuando su camino para Castilla, e pasó por el Regno de Navarra e llegó a la cibdad de Calahorra... e antes que llegase a la cibdad, armó Caballero en un campo cerca del río de Ebro a don Bernai de Bearne, que venía con él, e le fizo después Conde de Medina-Celi. Otrosí ese día preguntó el Rey Don Enrique a los que venían con él, si estaban ya en los términos de Castilla, e ellos le dixeron que sí. E él entonce descavalgó de un caballo en que venía, e fincó los finojos en tierra e fizo una cruz en un arenal que estaba cerca del río Ebro, e besó en ella e dixo así: "Yo juro a esta significanza de cruz que nunca en mi vida, por menester que haya, salga del Regno de Castilla; e antes espere y la muerte o la ventura que me viniere".

—hiperbólica máquina, incluso, si se tiene presente que habíase calculado dotarla de un potencial humano próximo a 75.000 hombres— entrara en acción<sup>1</sup>.

¡Cuánta fantasía, cuánta cábala, cuánta locuacidad derramada a diario en tinta de imprenta y en vana palabrería refiriéndose a esta traca próxima a estallar! Como prueba de ello y de acuerdo con aquel refrán, aunque a todas luces falso, que asegura que *para muestra basta un botón*, veamos esta gaceti-lla, de rebuscado humorismo, publicada por el *Diario de Valencia* el 30 de septiembre de 1808, durante el período que precedió a la campaña del valle del Ebro. Leyéndola hoy, siglo y medio después de los acontecimientos a que se refiere, y conociendo lo que en ellos ocurrió no puede uno menos de pensar cuán cierto es aquello de que *no se debe vender la piel del oso antes de haberlo cazado*. Si la traemos a estas páginas, no es con el fin de ensartar una retahila de refranes, sino porque tiene indudable sabor de época y permite conocer el ambiente de ingenua fanfarronería que alentaba en aquellos momentos en el ánimo de los españoles, como consecuencia de nuestros recientes éxitos y de la absurda retirada efectuada por los franceses inmediatamente después de Bailén. Vean ustedes:

«La Nación española, para dar una prueba del extraordinario afecto que profesa a su nuevo Rey José, e indemnizarle del aplauso equívoco con que le recibieron en Madrid, ha determinado hacer algunas funciones en su obsequio, a las que deberán concurrir con nuestros huéspedes los nacionales de varias provincias. Habrá fuegos artificiales de mucho primor, un sarao público y un suntuoso ambigú, en que la nación pretende dar una idea de su exquisito gusto en esta clase de diversiones.

El sarao se verificará en los campos de la Rioja, se compondrá la orquesta de toda clase de instrumentos de aire, los más sonoros. Para esto irá de la fábrica de Sevilla un famoso flauteado con los tocadores de más habilidad. Se ha nombrado por Bastonero al Sr. Cuesta; y los Sres. Castaños y Caro serán los que rompan el baile. Se pondrán magníficas contradanzas en las que los españoles con los franceses ejecutarán las más principales y usadas figuras. Se espera que los valencianos hagan prodigios por su natural ligereza. El Sr. Palafox se ha brindado a bailar con el Rey José un zapateado a compás riguroso: al acabarlo es regular que siendo lo que más guste se deshaga la Nación en palmadas y bravos. La última contradanza será la del desmayo, donde se cree que los franceses harán esta figura muy a lo vivo.

Para remate de fiesta seguirá el ambigú: se procurará en él que sea la abundancia igual a la variedad. Para lograr ambas cosas se han hecho ya grandes acopios de todo género de producciones, las más estimadas de cada provin- cia. Ya están llenos muchos cajones de confitura, grajeas, cartuchos de dulce seco, almendras, yemas, etc., y hay cargados muchos carros de buenas y gordas san-

<sup>1</sup> Proyecto de composición del Ejército del Centro:

Ejército de Andalucía . . . . .	20.000	hombres
id. Castilla . . . . .	8.000	id.
id. Valencia . . . . .	4.500	id.
id. Extremadura . . . . .	13.000	id.
Cuerpo expedicionario inglés . . . . .	30.000	id.

TOTAL . . . . . 75.500 hombres

Datos suministrados por Castaños en su *Manifiesto* de San Jerónimo de Buenavista.

días, ricas granadas, excelentes naranjas y de otras frutas estomacales y de fácil digestión. En fin, nuestro Gobierno está empeñado en que nada les quede que apetecer a los franceses, y en que todo esté tan lucido que jamás se les olvide la fiesta. Como de resultas de ella quedarán muy fatigados nuestros amigos y huéspedes, se han dispuesto muchas camas donde descansen a gusto y duerman en términos de que jamás despierten».

«Nota.—Se permite a toda clase de personas concurrir a esta función, con tal de que lleven algunas de dichas provisiones y sepan servir las a tiempo».

Y como nada hay más crédulo que la ingenuidad y la ignorancia, características ambas en grado sumo de nuestros compatriotas de 1808, aquel repetido martilleo propagandístico, que alababa y enaltecía las características de valor, arrebato, pasión y decidida voluntad de vencer del pueblo español, acabó convenciendo a todos de que frente al toro ibérico nada tenía que hacer el gallo francés creyéndose, como cosa indudable, que nada más aparecer nuestros hombres —los garrochistas de Bailén, los ardientes valencianos y los recios castellanos, herederos de aquellos famosos tercios de antaño— frente al enemigo, un par de manotazos convenientemente repartidos habrían de bastar para que éste recogiera sus bártulos y retornara a Francia.

Pero la misma carencia de noticias, debidas a su propia escasez y al estrecho cedazo de la censura, acabó denotando que las cosas no estaban resultando como nuestros estrategas de café se las habían imaginado. Y un buen día, semanas después de partir el Ejército del Centro, alguno de ellos acabó cayendo en la cuenta de que algo raro debía de estar pasando en las orillas del Ebro. ¿A qué debíase, si no, este silencio, esta quietud, este dejar vivir en paz a los gabachos? Aquello no se parecía en nada a la guerra santa y despiadada pregonada desde los púlpitos de iglesias y conventos y a diario aireada en corros y papeles por todas las plazas de España.

¡No! No podía consentirse por más tiempo aquella calma chicha, fruto seguro de la dejadez, ineptia o traición de los Generales.

Y, nuevamente, las campanas echáronse a volar por todo el ámbito nacional, sembrando bulos, encargándose luego la envidia y malquerer de algunos, de convertir a Castaños, como jefe del Ejército del Centro, en causante de aquel estado de cosas.

Naturalmente, pronto llegaron también a Aranjuez estos rumores y cábalas, y algunos Diputados, dejándose arrastrar por la general desazón, reclamaron medidas que pusieran término a aquella especie de tácito armisticio que mantenía suspendidas las operaciones en la línea del Ebro. Y la Junta Central, movida por intereses, ambiciones y opiniones no siempre sanas ni justas, trató de poner remedio, nombrando a uno de sus miembros de mayor confianza Representante suyo en los Ejércitos, en funciones de inspector o comisario<sup>2</sup>.

Y así, con este nombramiento, que tenía un inmediato precedente en otros semejantes ideados por los gobernantes franceses durante las guerras de la

<sup>2</sup> "...censurado su jefe, don Francisco Javier Castaños de lento y sobradamente circunspeto, los que no eran parciales suyos, y aún los que anhelaban por mayor diligencia sin atender a las dificultades, procuraron y consiguieron que se enviasen a su lado personas que le moviesen y aguijasen" (Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*).

Revolución con el fin de atar corto a sus Generales, quedó zanjada la cuestión, esperando la Junta poder influir en lo sucesivo en el curso de las operaciones mediante la persona que desempeñara este cargo, sin tener que depender ciegamente del jefe del ejército.

Pero si la medida era desacertada por su contenido, aún lo fue mucho más por haber elegido para el desempeño de cargo tan delicado nada menos que a don Francisco Palafox, hermano del defensor de Zaragoza, que, como pronto habría de verse, no pudo cumplir su misión con la equidad e independencia deseadas, debido a su manifiesta incapacidad y a su próximo parentesco con el jefe de una de las unidades en que habría de ejercer su comisariado.

## CAPITULO VIII

### EL DELEGADO DE LA JUNTA Y SUS AUXILIARES

Inmediatamente después de que la Junta Central designara a don Francisco Palafox como su Representante o Delegado, púsose éste de camino hacia el Cuartel General del Ejército del Centro. Desde Alcalá de Henares, donde pernoctó, escribió a Castaños dándole cuenta de su nombramiento y previéndole de su próxima llegada.

Alarmóse Castaños al recibir esta desconcertante noticia, sin precedente en nuestra nación hasta aquel entonces y, temeroso de que supusiera alguna merma de sus atribuciones de General en jefe, escribió a la Junta Central pidiéndole información sobre las funciones que habrían de corresponder a su Delévalo. En nombre de dicha corporación y con evidente ánimo de tranquilizarle, contestóle su secretario, don Martín de Garay, manifestando que se había dispuesto que el General contara con esta ayuda para mejor resolver los problemas que retrasaban o dificultaban la iniciación de las operaciones, pero que, de ninguna manera, habría de considerar a Palafox como supervisor o fiscal de sus actos. (Aranjuez, 30 de octubre de 1808)<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *"La salida de uno de sus Vocales, más para ayudar al General en Gefe que para ser testigo de su conducta, más para aliviarle del trabajo de hacer presentes las necesidades y combinar los medios de remediarlas y la celeridad de los auxilios, era una medida indispensable que satisface los impacientes deseos de la Nación; la qual se complace y tranquiliza quando su independencia y su gloria se promueven por más manos, aunque esencialmente estén fiadas a Generales de toda confianza"* (Párrafo de la carta de D. Martín de Garay que se cita en el texto).

El nombramiento de Palafox como Delegado o Representante de la Junta facultábale para ejercer este cargo en los tres ejércitos que en esta parte de la Península luchaban contra los franceses, según se desprende de la siguiente anotación del *Diario del Ejército de Galicia* (Ejército de la Izquierda), correspondiente al 28 de octubre de 1808: *"El General (Blake) recibió por extraordinario un oficio del Excmo. Sr. D. Francisco Palafox y Melzi, vocal de la Suprema Junta Central nombrado por ésta para representarla en los Ejércitos. Incluía en dicho oficio la orden de la Suprema Junta que le daba a reconocer por representante y añadía que después de conferenciar con el General del Ejército del Centro pasaría a este Cuartel General, previniendo al mismo tiempo que si las tropas están ya en disposición de atacar y los planes trazados y todo listo para el ataque, deberá S. E. (Blake) darlo inmediatamente sin esperar conferencias, pues tal es la voluntad de la Suprema Junta General Gubernativa del Reino. En el mismo oficio manifiesta sus ideas acerca de las operaciones de los otros Ejércitos dirigidas a envolver y encerrar enteramente a los franceses.*

*Se contestó inmediatamente a S. E. (Palafox) reconociendo su carácter de represen-*

Pero estos argumentos ni convencieron ni tranquilizaron al General, que siguió opinando que aquella extraña medida podría encerrar algún peligro para su persona.

El Delegado, que había tomado muy en serio su papel, no perdió tiempo alguno en su viaje y, la noche del 29 de octubre, día en que, según hemos visto, ocurrió la escaramuza del vado de San Adrián, presentóse en el Cuartel General de Calahorra un Ayudante suyo para comunicar a Castaños que acababa de llegar a Alfaro y que deseaba conferenciar urgentemente con él, «*a fin de tomar las medidas necesarias para ayudar a la inmediata satisfacción de las necesidades del Ejército y para activar las operaciones*».

De acuerdo con esta petición de Palafox, Castaños se trasladó al siguiente día, 30 de octubre, a la vecina ciudad riojana.

En el *Manifiesto* que publicó a principios de 1809, para justificarse y defenderse de las acusaciones de que a la sazón era objeto por parte del Representante precisamente, explica que acudió gustoso a la entrevista, «*no sólo como consecuencia del deseo que he tenido siempre de llegar a un resultado, sino también para hacer ver que no estaba de ninguna manera molesto porque fuesen testigos de mis acciones... y sobre todo porque sabía que el Gobierno había tomado la medida de enviarlos al Ejército para satisfacer las quejas del público que, engañado respecto a los efectivos del Ejército del Norte, criticaba mi inacción y esperaba impaciente que yo atacase al enemigo*».

No hay que conceder, sin embargo, excesivo crédito a estas palabras de Castaños en lo que se refiere a su estado de ánimo.

En Alfaro halló a don Francisco Palafox acompañado del teniente general Marqués de Coupigny y del brigadier Conde de Montijo, quienes también formaban parte de la misión en concepto de ayudantes o de asesores de aquél.

Como estos tres nuevos personajes habrían de tener gran influencia durante las semanas siguientes en los acontecimientos ocurridos en el Cuartel General del Ejército, merecen que se hable un poco de ellos.

El principal, don Francisco Palafox, era, de entre los miembros de esta famosa familia aragonesa, el segundo en orden de nacimiento, siendo el Marqués de Lazán su primogénito y don José Palafox, caudillo de los sitios zaragozanos, el benjamín<sup>2</sup>. Como sus otros dos hermanos, había abrazado desde muy joven la carrera militar y, como éstos, también, formaba parte desde tiempo atrás de los círculos de la Corte más próximos a la Familia Real, en cuyas esferas los tres Palafox destacaban por su leal y decidida adhesión al Príncipe de Asturias. Debido a esta afinidad política con el heredero de la corona, alrededor de cuya figura habíase formado un grupo o partido compuesto por los más encarnizados enemigos de Godoy, así como por el próximo parentesco de los Palafox con el Conde de Montijo, los tres hermanos tomaron parte activa

*tante de la Suprema Junta y anhelando su llegada, como señal de estar decidido y pronto a ejecutarse un plan de operaciones interesantísimo para echar de España a los enemigos: en cuanto a envolverlos y cortarlos se le indicaba que parecía empresa algo difícil por los considerables refuerzos que habían recibido" (Citado por N. Benavides Moro y José A. Yaque Laurel, en *El Capitán General D. Joaquín Blake y Joyes*).*

<sup>2</sup> El Marqués de Lazán había nacido en 1772, Don Francisco Palafox en 1774 y su hermano José en 1775. El Delegado contaba, por lo tanto, 34 años en las circunstancias de que venimos hablando.

en el llamado «*Motín de Aranjuez*», el 17 de marzo de 1808, del que resultó la caída del valido, la abdicación de Carlos IV, y que el Príncipe de Asturias pasara a ocupar el trono de su padre, con el nombre de Fernando VII.

Un mes después de esta algarada histórica, cuando Fernando VII se trasladó a Bayona, donde habría de caer incautamente en las redes tendidas por Napoleón, don Francisco Palafox, que además de Oficial de los Reales Guardias de Corps era Gentilhombre de Cámara, formaba parte de la muy breve comitiva de palaciegos que acompañaba al Rey en su viaje, alternando con el Marqués de Celleruelos en el cargo de Mayordomo de Semana. Esto indica cuán cerca se hallaba de la Real Persona al iniciarse los sucesos que preludiaron a la Guerra de la Independencia.

Al ocurrir los bochornosos y antipatrióticos episodios de Bayona entre los miembros componentes de la Familia Real española y el Emperador de los franceses, don Francisco, como los demás cortesanos venidos desde Madrid, convencióse de que Napoleón, con la ayuda, complicidad o consentimiento de los Reyes Padres, había decidido destituir a Fernando y suplantarle en el trono español por otro Monarca procedente de su propia familia. En tan críticas y difíciles circunstancias, muchos de los españoles presentes en aquella ciudad o en las proximidades de la frontera por razón de su cargo o de sus actividades políticas o militares, recibieron orden secreta de partir enseguida a propagar por el interior de nuestro país la noticia verídica de lo sucedido, la forzada dimisión de Fernando y la precisión de oponerse a los franceses con las armas, como único medio de salvaguardar la soberanía nacional.

Entre dichos emisarios regios contáronse don Francisco Palafox y su hermano José, recién llegado a Irún para tratar de notificar al Rey, por orden del Marqués de Castellar, su jefe, la libertad de Godoy, que Murat había impuesto. Puede decirse que en aquel preciso momento iniciase la Guerra de la Independencia, de la que el episodio del Dos de Mayo sólo había sido un chispazo precursor, y también la gloriosa estela con que en lo futuro brillaría el apellido de los Palafox en la historia de nuestra patria.

Mediado el mes de mayo, y tras de sufrir no pocas fatigas y peligros durante su caminata a través de la provincia de Navarra, llegó a Zaragoza el más joven de dichos hermanos, a quien el pueblo proclamó como jefe de la insurrección, otorgándosele poco después el título de Capitán General de Aragón, con el que habría de conquistar fama imperecedera.

A su vez, el 8 de junio, arribó a Zaragoza don Francisco, que había seguido iguales caminos y sufrido iguales peripecias y penalidades que su hermano, y que debióse de sorprender —¡y no poco!— viendo al benjamín de la familia ocupando el inesperado y altísimo puesto de cabeza de la rebelión aragonesa.

A partir de este momento, don Francisco participó con sus otros dos hermanos —pues también el Marqués de Lazán acababa de llegar a Zaragoza, aunque procedente de Madrid<sup>3</sup>— en los acontecimientos que tuvieron por es-

<sup>3</sup> "El Marqués de Lazan, luego que supo por su hermano lo que ocurría, logró evadirse el día 1.º de junio de Madrid, pretextando que aquél se había visto precisado a tomar el mando y que su objeto era apaciguar al pueblo. Con esto Murat le dio permiso para venir a disuadir a Palafox y tuvo la satisfacción de tomar parte en el heroico entusiasmo que inflamaba a los aragoneses" (Alcaide Ibiaca, *Historia de los Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*.—Madrid, 1830).

cenario a toda aquella región durante el movido verano de 1808 y de los que el primer sitio de la capital aragonesa fue la principal efemérides.

Concluido este fabuloso episodio, don José Palafox, aureolado ya por la fama y convertido en indiscutible héroe nacional, designó a su hermano Francisco y a don Lorenzo Calvo de Rozas como Diputados representantes del Reino de Aragón en la entonces recién creada Junta Central Gubernativa, que disponíase en aquel momento a entrar en funciones; por lo que ambos personajes trasladáronse a Madrid y posteriormente a Aranjuez para posesionarse del cargo.

Y así fue como don Francisco Palafox pasó a formar parte del más elevado organismo estatal de la España de aquel entonces, en el que, por su condición de Brigadier de los Reales Ejércitos, pero seguramente con mayor motivo por ser hermano del famosísimo y popularísimo Capitán General de Aragón, nombráronle miembro de la Sección Militar de la Junta, especie de comité al que correspondería asesorar al Ministro de la Guerra en cuanto dependiera de dicho departamento y ramo.

No cabe duda del entusiasmo, patriotismo y desinterés de don Francisco Palafox, ni de la buena fe y honradez que puso en el ejercicio de los cargos y misiones que le fueron encomendados durante estos años. Pero, desgraciadamente, sí puede asegurarse que carecía de las condiciones de carácter e inteligencia precisos para el desempeño de las altas funciones políticas a que se vio llamado durante el primer período de la Guerra de la Independencia, de lo que deriváronse, y particularmente en este caso de que venimos hablando, las lamentables consecuencias que cabe suponer y que pronto veremos.

Varios de sus contemporáneos, al hablar de él, tocaron ya este punto en alguno de sus escritos. El Conde de Toreno, que debió de conocer y de tratar personalmente a don Francisco, le califica, en su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, de «hombre estimable, pero de poco valer». Alcalá Galiano, en sus *Memorias*, le define de manera muy semejante. Por su parte, don Faustino Casamayor, paisano de Palafox, que dejó escrita día por día la crónica de los sitios y los anales de muchos años de vida local zaragozana, le designa con el calificativo de *Palafox el desgraciado*, lo que inclina a suponer el habitual poco éxito de todas las empresas de este miembro de dicha familia.

El segundo de dichos personajes, don Antonio Malet, Marqués de Coupigny, era el más inteligente y competente de ellos.

Había nacido en Arrás (Francia) en 1759 e ingresado en 1776 en el Regimiento de Guardias Walonas, alcanzando el empleo de Brigadier en 1796, tras veinte años de servicio.

Cuando en 1807 los ejércitos franco-españoles invadieron Portugal, Coupigny mandaba la vanguardia de nuestras fuerzas, pasando poco después a desempeñar el cargo de Comandante General de los Algarbes.

Habiendo conseguido retomar a España al producirse la insurrección nacional contra los franceses, ofreció sus servicios a la Junta de Sevilla, la cual le destinó al Ejército de Andalucía, que en aquel momento estaba organizando el general Castaños.

Mandando la 2.<sup>a</sup> División de dicho ejército participó en la batalla de Bailén, mereciendo grandes elogios su brillante actuación durante aquella jorna-

da y en los movimientos y encuentros que precedieron a la batalla. Pero, paradójicamente, en vez de premiarle sus méritos, fue destituido casi inmediatamente después, sin dársele una explicación razonable de las causas que motivaban aquella medida.

Durante los meses del verano de 1808 formó parte de la Junta Militar, especie de Estado Mayor Central, encargado de estudiar y de coordinar los planes de operaciones y la acción de nuestros ejércitos.

Pero, no habiéndose conformado nunca Coupigny con la destitución de que había sido objeto, la Junta Central acabó tomando en consideración sus reclamaciones y memoriales, accediendo a reponerle nuevamente al frente de su División, según se lo comunicó el 1.º de octubre. Pero al Marqués no le pareció esto suficiente y reclamó, entonces, el empleo de Teniente General, como premio a sus servicios anteriores, antigüedad y méritos resultantes de Bailén. Lo que también le fue concedido.

Coincidió la fecha de reposición de Coupigny con la del nombramiento de don Francisco Palafox como Delegado de la Junta, y este organismo, teniendo presente la competencia y capacidad del Marqués, decidió agregarle a la misión encomendada al Representante, debiendo retrasar el posesionarse del mando de su División mientras fueran necesarios sus servicios a éste.

Como consecuencia de la destitución de Coupigny después de la batalla de Bailén, el Marqués y Castaños quedaron y seguían estando muy distanciados, por lo que la decisión de la Junta Central no debió de agradar mucho al General.

El tercer miembro de la misión, don Eugenio Eulalio Palafox, Conde de Montijo, fue un personaje de leyenda; pero poco recomendable.

Montijo, que había tenido importantísima participación en el «*Motín de Aranjuez*» —ocasión ésta en la que, disfrazado de hombre del pueblo y bajo el apodo de *Tío Pedro*, dirigió el tumulto de los aldeanos en aquel Real Sitio— había seguido después, al igual que otros muchos miembros de la nobleza española, una conducta vacilante al plantearse el problema dinástico consecutivo a las entrevistas de Bayona, no sabiendo a ciencia cierta en cuál de los dos bandos le convenía mejor afiliarse.

Por lo pronto, movióse lo necesario para ser nombrado Diputado de las Cortes que iban a reunirse en Bayona. Pero, al comprobar durante su viaje por tierras castellanas, camino de aquella ciudad, el espíritu destemplado con que las gentes acogían las noticias que llegaban de Francia, presintió que el país no habría de admitir sin lucha el canje de Fernando por José y, dejándose de dudas, púsose al servicio de la insurrección, alineándose definitivamente ya como defensor de la causa fernandina.

Dada su condición de Brigadier, era lo natural que se entregase a actividades de carácter militar tan pronto rompiéronse las hostilidades. Y, en efecto, en agosto de aquel año, tras de haber participado en otros diversos asuntos, acudió con un cuerpo de voluntarios valencianos en auxilio de Zaragoza y de Palafox, de quien era primo. Pero habiendo coincidido su ayuda con el desbarajuste que en el lado francés siguió a la derrota de Bailén, llegó a la capital aragonesa casi en el preciso momento en que los sitiadores, después de levantar el sitio, se internaban en el Reino de Navarra. Montijo detúvose en Zaragoza nada más que unas horas, saliendo seguidamente en persecución de la reta-

guardia enemiga, estableciéndose en Borja, primeramente, y ocupando Tudela y su comarca el 20 de dicho mes. Pero, al parecer, nuestro hombre era incapaz de persistir durante mucho tiempo en cualquier empresa, y tras de sufrir un ligero descalabro a la altura de Alfaro, abandonó las operaciones y el mando del ejército, trasladándose a Madrid a renglón seguido <sup>4</sup>.

En la capital actuó, maniobró e intrigó, de acuerdo con su temperamento, no tardando en tener un tropiezo con el general Castaños, por cuyo motivo y a pesar de haberse rebajado hasta dar humildemente explicaciones al General, existía también entre ambos personajes una gran tirantez de relaciones después de aquella fecha <sup>5</sup>.

Como ya se ha dicho, el Conde era primo carnal de los Palafox, habiéndose acentuado todavía más este parentesco al casarse el Marqués de Lazán con una de las hermanas de Montijo.

Tuvo en su tiempo fama de enredador, voluble y poco juicioso, murmurándose de él que carecía de las dotes precisas para el desempeño de las misiones que le fueron confiadas. Poseía una ambición desenfrenada. Achacábansele tantos complots, disturbios y tumultos populares —entre ellos el motín de Cádiz, que costó la vida al general Solano, Marqués del Socorro— que, con ánimo de defender su reputación, publicó en 1810 un folleto titulado *Manifiesto de lo que no ha hecho el Conde de Montijo, escrito para desengaño y confusión de los que de buena o mala fé le dicen autor de sediciones que no ha hecho ni ha podido hacer*; sin que lograra con dicho alegato mejorar su fama.

Estos eran, a grandes rasgos descritos, los tres personajes tan fatalmente escogidos por la Junta Central para espolear a Castaños en sus actividades de General en jefe. Salta a la vista que, ni buscándolos adrede, podría haber hallado otros menos a propósito para tan delicada empresa.

Así, al menos, lo entendió el General <sup>6</sup>.

#### LA ENTREVISTA DE ALFARO

En Alfaro, después de los saludos de rigor, Castaños y sus oponentes pasaron a tratar de los asuntos militares que motivaban la misión de éstos, haciéndoles ver el General el estado de desnudez en que había encontrado a la

<sup>4</sup> La fatuidad de Montijo le hace asegurar en una carta dirigida a Blake desde Tudela con fecha 21 de agosto de 1808, que los franceses habían levantado el sitio de Zaragoza por tener noticia de que llegaba él con los voluntarios valencianos.

En otra carta suya, de redacción algo confusa, que con fecha 6 de octubre dirigió al mismo General, desde Aranjuez esta vez, da a entender que hubo de abandonar el Ejército por divergencias con los demás Generales del mismo. Dice así: "*Escribí a Vm. la necesidad en que vi de retirarme de Tudela por que las intrigas contra mí de los dos Generales que estaban a mis órdenes, y el ser la primera vez que yo mandaba en Jefe y por consiguiente no querer despreciar sus consejos y las órdenes del que tenía la autoridad hizo no adelantase yo antes de que ellos se reuniesen*".

<sup>5</sup> Castaños, que conocía muy bien todo el mal que Montijo había tratado de hacerle antes y después de la batalla de Tudela, habla de él en su *Manifiesto* de San Jerónimo de Buenavista, de la siguiente manera: "Este es, el que en Madrid dio a la imprenta baxo su firma un papel en que, a título de patriotismo, vertía el veneno de sedición contra la inacción de los Generales que mandábamos, y fue a pervertir a algunos Gefes de Cuerpos para que se sublevasen y me quitasen el mando, como me avisaron ellos mismos, de que di cuenta a la Junta Suprema Central, reconviene a Montijo sobre su mal modo de proceder, que me negó con mil palabras de honor".

\* En la carta de Don Martín de Garay repetidamente citada, el Secretario de la

mayor parte de las unidades que componían su ejército y el error de la opinión pública al sobreestimar los verdaderos efectivos que tenía bajo sus órdenes, pues si bien se había calculado que éstos alcanzarían la cifra de 75.000 hombres, no pasaban, en realidad, de 22.000 los hasta entonces incorporados, con la circunstancia, además, de que tratábase en su mayor parte de paisanos entusiastas, pero sin instrucción ni apenas capacidad guerrera.

¡Cómo, por lo tanto, con la gente desnuda y hambrienta, sin un Intendente que se ocupase de la dirección administrativa del Cuerpo, pues el nombrado a tales efectos hallábase todavía en Madrid, gestionando el cobro del dinero preciso para el ejército, querían que hubiera ya atacado al enemigo! ¿De dónde habría sacado la necesaria reserva de víveres, los hospitales, las barcazas para cruzar el río, los depósitos de munición, el equipo de tren y de ingeniería y las otras mil cosas sin las cuales era imposible emprender una ofensiva tan erizada de dificultades? Y, finalmente, ¿de qué tiempo había dispuesto para organizar todo aquello, si escasamente hacía diez días que se había posesionado del mando?

Con estas explicaciones, demostradoras de su buena voluntad, trató el General de justificar su actitud y actividades y las razones que tenían paralizado al ejército, y no tuvieron sus oponentes más remedio que reconocer que cuanto decía era cierto.

Pero esta primera entrevista no pasó de ser una simple toma de contacto, en la que los temas trataronse un poco superficialmente, por lo que decidieron convocar un consejo de guerra en el que, como parte interesada también, participaría don José Palafox, el caudillo zaragozano, en su calidad de jefe del Ejército de Reserva.

Dando, pues, por terminada la entrevista, Castaños y sus visitantes emprendieron una visita de inspección de las unidades que guarnecían aquella parte del frente.

Independientemente de Castaños y de sus acompañantes, el coronel Graham aprovechó estos días para trasladarse a Tudela, capital de la Ribera navarra, a fin de conocer las características de esta importante zona y de dicha población, inspeccionar los servicios allí emplazados, reconocer el puente del río Ebro, cuyos dos primeros arcos habían sido volados por los patriotas locales en el pasado mes de junio, para impedir el paso de los franceses y realizar otros trabajos de su especialidad, relacionados con los futuros planes del ejército.

El día primero de noviembre un fuerte temporal de agua, precursor del invierno, se abatió sobre Tudela y su comarca, dificultándole sus movimientos. Por la noche supo que al día siguiente habría de llegar a dicha ciudad el general Castaños y decidió esperarle.

En efecto, el día 2 llegó, procedente de Calahorra, el jefe del ejército, acompañado de su habitual séquito de oficiales y miembros de su Estado Mayor, pero sin ninguno de los comisionados de la Junta, sosteniendo aquella mis-Junta Central decía a Castaños refiriéndose a los acompañantes de Palafox: *"De sus compañeros, el Marqués de Coupigny debía serlo solo hasta que se incorporase en su División, y el Conde del Montijo va a las órdenes del Señor Palafox sin misión particular que pudiera hacer recelar a V. E. las resultas de alguna personalidad, cuyo mezquino fuego, si ya no estuviese apagado, ahogarían siempre en Generales españoles el patriotismo e interés general"*.

ma noche el General y Sir Thomas una larga conferencia, según lo expresa Graham en su *Diario*, en el curso de la cual Castaños le explicó sus puntos de vista respecto a determinadas operaciones de importancia secundaria que pensaba emprender próximamente.

¡Y, es de suponer, no dejarían de hablar también de la embajada que habíanle enviado al General los Diputados de la Junta... I aunque Graham nada dice de ello en sus notas.

Veinticuatro horas después, llegaron también a Tudela don Francisco Palafox, Montijo y Coupigny, quienes pusieron de acuerdo con Castaños para que la proyectada reunión «de alto nivel» tuviera lugar el 5 de noviembre. Pasóse de ello recado a Zaragoza y, en la mañana de dicha fecha, acudió el Capitán General de Aragón, don José Palafox, acompañado de varios de sus Ayudantes, entre los que destacaban por su aspecto extranjero el general Doyle y el diplomático Vaughan, secretario de la Embajada inglesa, quien, como ya se ha dicho en otra parte, se hallaba por aquellos días destacado en Zaragoza en misión informativa.

## CAPITULO IX

### PROYECTOS OFENSIVOS

Después de su disparatada retirada del verano, consecutiva a lo de Bailén, los ejércitos franceses habíanse agrupado en una especie de base de operaciones, compuesta de la provincias Vascongadas, Navarra, parte de la Rioja alta y el noreste de la provincia de Burgos, donde, partiendo de Miranda, mantenían una cabeza de puente sobre el Ebro.

Aquel breve espacio, aparte de Cataluña, era lo único que les quedaba de toda la porción de nuestro territorio que habían poseído durante los meses anteriores.

Por nuestra parte, abarcando en forma de arco de círculo aquella base, habíamos dispuesto, a modo de muro de contención, una serie de ejércitos, más o menos fuertes y efectivos, desplegados de la siguiente manera:

*Primero.*—El llamado *Ejército de la Izquierda*, que mandaba el general Blake, ocupando la región de Vizcaya, hacia Guipúzcoa y parte de las montañas que limitan aquella provincia con la de Burgos<sup>1</sup>.

*Segundo.*—El *Ejército de Extremadura*, a las órdenes del general Belveder, que acababa de tomar posición entre Briviesca y Burgos, cerrando la carretera general de Irún a Madrid. Era de estos cuatro ejércitos el más pobre de material y escaso de hombres.

*Tercero.*—El *Ejército del Centro*, mandado por Castaños. Cubría la línea del Ebro desde las proximidades de Logroño hasta Tudela.

<sup>1</sup> "El general Blake era de una estatura alta y muy bien formado; tenía el color del rostro blanco, el cabello rubio, los ojos vivos, las cejas muy pobladas, la nariz larga: su aire noble y majestuoso imponía respeto, al paso que su afabilidad inspiraba confianza.

Tenía un talento penetrante, una memoria prodigiosa y una facilidad extraordinaria para todas las cosas a que se aplicaba; de manera que sin exageración puede decirse que muy de tarde en tarde ofrece la naturaleza un personaje que reúna en tan alto grado las calidades que poseía este varón eminente" (Escrito por el coronel Román, yerno de Blake. Figura en la biografía de dicho General publicada por N. Benavides y José A. Yaque Laurel).

*Cuarto.*—El *Ejército de Reserva*, situado en los límites de Navarra y del Alto Aragón, hacia Sangüesa y Sos del Rey Católico. Componíase principalmente de aragoneses. Era su jefe el general Palafox, pero, en ausencia de éste, que generalmente se hallaba en Zaragoza, lo mandaba O'Neill<sup>2</sup>.

La entrada conjunta en acción de todas o parte de estas unidades habría, sin duda, causado preocupación y algún sinsabor a los franceses. Pero las semanas habían ido transcurriendo en preparativos por nuestra parte y en no dejarse pisar el terreno por la de los otros, según hemos visto al tratar de lo ocurrido en Logroño, Lodosa y Lerín.

Esta situación de casi inactividad, extraña si se considera el ardor bélico que animaba a nuestro pueblo y ejército, era para los franceses un favorable compás de espera, porque su problema consistía, precisamente, en que las cosas se mantuvieran tranquilas hasta dar lugar a que llegara desde Francia Napoleón con una nueva oleada de Mariscales y los Cuerpos de Ejército precisos para reanudar la ofensiva y volver a avanzar hasta Madrid.

Dado que esta segunda invasión se estaba ya produciendo, según le constaba a Castaños por la información que le transmitían sus espías apostados en Irún y otros lugares próximos a la frontera, que señalaban la continua entrada de batallones y regimientos de la «*Grande Armée*», procedentes de Alemania<sup>3</sup>, era cuestión de vida o muerte para nosotros aprovechar aquellos momentos de casi equilibrio para liquidar cuanto antes la bolsa enemiga.

<sup>2</sup> Tratábase, en realidad, de tres ejércitos distintos, en lugar de cuatro, pues el de Extremadura habría de estar a las órdenes de Castaños y formaría parte del Ejército del Centro, lo mismo que el Cuerpo Expedicionario Británico, que no figura en esta relación por no haber llegado al valle del Ebro, pero cuya incorporación estaba prevista para fecha próxima.

Hablando de la independencia con que actuaban los diferentes Ejércitos españoles, el general Sir John Moore escribía a su hermano James desde Salamanca el 26 de noviembre de 1808: *'La Junta, celosa de sus Generales, no les ha dado ninguna autoridad y les ha puesto a la cabeza de ejércitos separados, independientes unos de otros; ha impedido, así, toda unidad de acción...'*

Como se ve, el Generalísimo inglés achacaba toda la culpa de esta falta a la Junta, pero para juzgar debidamente este parecer conviene saber que en toda su correspondencia, tanto oficial como privada, se observa una constante actitud despectiva respecto a los organismos políticos españoles, por lo que no debe de extrañar lo que en ese párrafo dice. En realidad, tanta culpa tenía la Junta como los mandos militares en este asunto, pues, según se recordará, don Gregorio G. de la Cuesta había abogado por la creación del mando único en la Junta de Generales reunida en Madrid el 5 de septiembre anterior, a lo que se opusieron varios de los Generales participantes y Castaños en particular.

No cabe duda, sin embargo, de que para haber conseguido mayor eficacia de los elementos de que se disponía en aquellos primeros meses de guerra, habría sido muy conveniente que hubiera habido un General en Jefe con autoridad sobre todos los Ejércitos, aunque, a causa de las grandes distancias a recorrer por los correos y Ayudantes de órdenes, quien hubiera desempeñado dicho mando habría encontrado grandes dificultades para ejercerlo con eficacia absoluta. Pero, aun así y todo, se habría conseguido sacar mayor partido de nuestros hombres.

<sup>3</sup> En su *Manifiesto*, Castaños habla de la información militar que le proporcionaban confidentes muy seguros, apostados en puntos clave de la frontera. Véase algunos datos facilitados por dicho servicio de espionaje, que el General publica en su citado escrito: *'Día primero de Noviembre entró (en España) el Mariscal de Palacio Davoust con una pequeña escolta.*

*Día 12 cuatrocientos granaderos, varios Gendarmes y trescientos carros cubiertos.*

*Día 14 el Secretario de Estado Maret, el Príncipe Imperial Isambourg, catorce cañones de a 12, 35 carros de municiones, seis fraguas, cien Artilleros a caballo, 64 carros cubiertos,*

Pero, aunque se hablase mucho de ello en nuestras filas, revestía tales dificultades la ofensiva precisa, a causa de la naturaleza del terreno, la existencia del Ebro entre ambos contendientes y nuestra notoria escasez de medios, que, pese a nuestras ilusiones y proyectos, difícilmente habríamos podido conseguir los resultados apetecidos en el caso de ponerla en práctica.

Sir Tilomas Graham se hace eco de estas circunstancias en sus informes, *Diario* y correspondencia, añadiendo que en las fechas coincidentes con su llegada a Calahorra hablábase insistentemente en el Cuartel General de Castaños de un plan fantástico, propuesto por Palafox, pero que él sospechaba ideado por su compatriota Doyle, consejero militar del caudillo aragonés<sup>4</sup>.

Sin embargo, aunque es cierto que Palafox era el gran paladín de dicho proyecto, ni él ni Doyle eran sus creadores. Castaños lo conocía desde meses atrás, cuando actuaba en Madrid como jefe de la Junta Militar, consistiendo la idea básica del mismo en algo tan simple y de sentido común que desde hacía tiempo danzaba en la imaginación de todo el mundo, sin que a nadie expresamente pudiera atribuirse su paternidad. La más lejana alusión de dicho plan que recordamos haber visto figura en una carta del Conde de Montijo al general Blake, fechada en Tudela el 21 de agosto de aquel año, en la que el primero lo esboza como síntesis de algo que se le acaba de ocurrir en aquel preciso momento, pero sin darle ninguna importancia especial, porque, dada su sencillez, lo mismo que él podría haberlo discurrido cualquier novato en cuestiones de estrategia.

Tratábase de una operación dirigida a la retaguardia enemiga, para aislar al invasor de Francia, su principal fuente de abastecimientos, cuya mecánica consistía en lo siguiente: El ejército aragonés, partiendo desde sus bases, avanzaría hasta ocupar el valle de Roncal, el de Salazar y el de Roncesvalles, situándose así entre Pamplona y la frontera. A la vez, sincronizando sus movimientos con él, el Ejército del Centro ocuparía el lugar recién evacuado, destacando seguidamente a una parte de sus efectivos para amenazar —en realidad distraer— a la guarnición de Pamplona. Paralelamente, obrando como la segunda pieza de una gigantesca tenaza, el Ejército de la Izquierda avanza-  
*fres de ellos con escolta considerable de Infantería y Caballería.*

*Día 15 once cañones, cuatro obuses, ocho carros de municiones, tres fraguas, ocho coches, 32 caballos de regalo de Napoleón, varios carros de equipage suyo, cien granaderos y cuatrocientos hombres de Caballería", etc. etc.*

Los agentes de información situados en la frontera y puntos principales de la carretera de Irún a Vitoria, Pamplona, etc., "Se comunicaban por medio de mensajes comerciales redactados con arreglo a una clave que hoy nos parece ingenua: los Ejércitos españoles son *vino*. Los guerrilleros del País Vasco, *sidra*. La infantería francesa *paja*. La caballería *hierba*. La artillería *avena*." (de la conferencia pronunciada en Pamplona el 26 de julio de 1958 por D. José Berrueto, con el título *Guipúzcoa en la Guerra de la Independencia. Espías y guerrilleros*". Citado por José M.<sup>a</sup> Iribarren en su libro *Espoz y Mina. El Guerrillero*. Madrid, Aguilar, 1965).

<sup>4</sup> Doyle, efectivamente, tenía algo que ver con el citado plan, del que, igual que Palafox, era ardiente partidario, pero no era en modo alguno su creador. Actuando como consejero militar del caudillo aragonés, habíase ocupado de estudiar todo lo concerniente a este proyecto y, a tal fin, solicitó de la Diputación de Navarra en el mes de octubre, cuando ésta se hallaba refugiada en Tudela, hombres prácticos y conocedores del terreno para efectuar un reconocimiento de la zona por donde tendría lugar la ofensiva en el caso de que se llevara a efecto.

ría hacia Guipúzcoa y Navarra, tratando de enlazar por la retaguardia francesa con los aragoneses. De este modo quedaría el enemigo dentro de una gigantesca bolsa y a merced de los nuestros.

El proyecto, ambiciosísimo, como puede verse, acaso hubiéralo podido ejecutar un ejército debidamente instruido, suficientemente pertrechado y con buenos mandos, en lucha contra otro poco potente o sin ninguna experiencia, e incapaz, por lo tanto, de la menor reacción. Pero como en esta ocasión no se daban, precisamente, esas circunstancias, no dejaba de ser pura utopía.

Naturalmente, también a los franceses habíaseles ocurrido pensar en la posibilidad de que intentáramos realizar algo semejante, porque la especie de cuña que ellos ocupaban, cortando Navarra diagonalmente, desde el Pirineo hasta las orillas del Ebro, parecía invitar a ponerla en práctica. Pero, conociendo mejor que nosotros mismos la incapacidad de los ejércitos y de los jefes españoles y de acuerdo con los puntos de vista e instrucciones de Napoleón, que continuamente trataba de inculcar a sus Generales la idea de que nuestras unidades guerreras carecían de valor efectivo y que la mejor táctica frente a ellas consistía en despreciarlas y operar audazmente, consentían gustosos, aunque sin dejar por ello de prestar atención a la cosa, en correr algún riesgo y mantener su flanco peligrosamente descubierto, antes que destinar a él tropas que para sus inmediatos proyectos ofensivos eran más necesarias en otras partes<sup>5</sup>.

Pero si los franceses concedían tan poca importancia a esta cuestión, no sucedía lo mismo a nuestros Generales, que no tuvieron, al parecer, idea de otra operación en un principio. Palafox, como es sabido, era su más entusiasta propagador, Castaños estaba dispuesto a ponerla en práctica, y la Junta Militar, asesora de la Central y del Ministro de la Guerra, apoyábala con toda la fuerza de su autoridad. Toda la plana mayor, por lo tanto, tenía puestas sus esperanzas en la realización del «plan pirenaico» y, de conformidad con ello, Castaños llegó a Calahorra dispuesto a cumplir lo tratado en Zaragoza, iniciando la ofensiva el día 27 de octubre. Pero los incidentes de Logroño, ocurridos en estas fechas precisamente, y los de Lerín y Lodosa, que siguieron a aquéllos, hiciéronle desistir de su propósito, al ver que ni su ejército estaba en condiciones de emprender semejante operación sin una previa reorganización, ni las circunstancias con el frente en movimiento, eran lo suficientemente propicias como para trasladar a sus hombres a la falda del Pirineo, dejando al enemigo paso franco en las orillas del Ebro.

Sin embargo de lo razonable de esta determinación, Palafox, que seguía manteniendo sus mismos puntos de vista anteriores, molestóse al enterarse del

<sup>5</sup> Con fecha 4 de noviembre —precisamente el día en que Napoleón cruzó el Bidasoa y entró en España —el mariscal Berthier comunicaba a Monecy desde Tolosa: "*Il faut arranger les choses de maniere qu'il n'y ait aucun dépôt, aucun embarras en dehors de Pampelune, a fin que si l'ennemi a Sanguesa faisait la sotisse de se porter sur Pampelune, il ne trouve que le canon de la place pour le recevoir...*". Posteriormente, al dictar las instrucciones para que el mariscal Lannes tomase el mando del Cuerpo de Ejército de Monecy para atacar a Castaños, Berthier vuelve a ocuparse del asunto y dice: "Il est a prévoir, Mr. le Maréchal, que l'ennemi profitera du dégarnissement de la gauche du Maréchal Monecy pour se jeter sur Pampelune ou dans quelque autre point de la Navarre...".

Quedaba, pues, descontado el efecto de sorpresa si se hubiera llevado a cabo dicha ofensiva.

aplazamiento de la ofensiva, creyendo que obedecía a pusilanimidad de Castaños, originándose a partir de entonces una serie de rencillas y de antagonismos entre ambos caudillos, que acabarían resultando nefastos a la patriótica causa que ambos defendían.

En cuanto a Graham, cuyas ideas parecen haber sido más realistas que las de nuestros compatriotas, siempre consideró este plan como algo extravagante y descabellado, en lo que, con la superioridad de visión que sobre él y sus contemporáneos nos da el conocimiento de los hechos que posteriormente ocurrieron, opinamos que tenía sobrada razón<sup>6</sup>.

GONZALO FORCADA TORRES

<sup>6</sup> Citemos, finalmente, en apoyo de esta opinión, lo que el mariscal Soult dice en sus *Memorias* (Hachette, París, 1955): "Los dos Generales españoles, envalentonados por el poco vigor empleado contra ellos e hinchados de orgullo por sus recientes éxitos, querían, en su loca presunción, envolver al ejército francés. Ignoraban que todas las carreteras del mediodía de Francia y las de los pasos de los Pirineos estaban cubiertas por nuevas tropas, que el Emperador iba a mandar personalmente. Más de 200.000 hombres, acostumbrados a vencer y agrupados en sus manos, deberían asegurar la conquista de España".